

Stefan Zweig Montaigne

EDICIÓN DE KNUT BECK

TRADUCCIÓN DE J. FONTCUBERTA

PREFACIO Y NOTAS DE J. BAYOD BRAU



Lectulandia

La actualidad de los grandes autores, como Montaigne, es permanente y múltiple. Pero Stefan Zweig, en un momento en que se ciernen sobre él el drama de la guerra y una íntima y trágica desesperanza, fija su atención en un elemento que es fundamental en el autor de Los ensayos: el esfuerzo por mantener a salvo la propia independencia en una sociedad cada vez más brutal y gregaria. El texto de Zweig sobre Montaigne no es un frío estudio destinado a especialistas, sino una obra emocionada y vibrante dirigida al público habitual del autor vienés. Una obra que Zweig ni siquiera llegó a concluir, porque antes se quitó la vida. A pesar de todo, en vista de la fuerza de este hermoso libro, ¿podemos interpretar que la esperanza de Montaigne se hizo presente en algún momento también en Zweig, y que el gran escritor vienés concibió, a pesar de todo, una nueva aurora para Europa?

Lectulandia

Stefan Zweig

Montaigne

ePUB v1.0

Chachín 29.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Montaigne*
Stefan Zweig, 1960
Traducción: Joan Fontcuberta Gel

Editor original: Chachín (v1.0)
ePub base v2.0

PREFACIO

Sin duda, la actualidad de los grandes autores, como Montaigne, es permanente y múltiple. Pero Stefan Zweig, en la hora más trágica que ha vivido Europa, fijó su atención en un elemento que resulta fundamental en el autor de *Los ensayos*: el esfuerzo por salvar su independencia en una sociedad cada vez más brutal y gregaria. Seguramente, hay otros muchos Montaigne dignos de interés: el impenitente pintor de su propio carácter, el filósofo naturalista, el pensador conversacional, el autor irónico... Sin embargo, a Zweig, en Brasil, en los últimos meses de su vida, se le revela imprescindible éste: el hombre que pugna por seguir siendo él mismo, simplemente él mismo, en medio de una catarata de fanatismo y destrucción.

El texto de Zweig sobre Montaigne no es, claro está, un frío estudio destinado a especialistas; es una obra emocionada y vibrante dirigida al público habitual del autor vienés, al lector mundano, al curioso, al inquieto. Zweig no llegó a concluirlo, porque antes se quitó la vida (el 23 de febrero de 1942), además, lo compuso con un equipaje erudito más bien precario: el que le imponía su exilio en Brasil. Montaigne es citado a veces en francés, no siempre literalmente, parece que sobre todo a partir de un trabajo de Fortunat Strowski (*Montaigne. Sa vie publique et privée*, París, 1938); otras veces es parafraseado en alemán; Zweig lo cita, en ocasiones, incluso en inglés, a partir de un libro de Marvin Lowenthal (*The Autobiography of Michel de Montaigne*, Boston-Nueva York, 1935). Pero la inexactitud filológica es compensada con creces por otro tipo de rigor: el de quien se enfrenta al gran dilema de la vida o la muerte, y no sólo de su propia persona, también de la civilización de la que se siente heredero y actor.

Al inicio de uno de los capítulos de *Los ensayos* («La libertad de conciencia», II, 19), Montaigne hace referencia a la destrucción que el fanatismo causa cuando alcanza el poder; más grave aún, según él, que la producida por las invasiones bárbaras. En el trasfondo de esta reflexión se encuentra una turbadora página de Maquiavelo, en la que el florentino explica que las nuevas sectas triunfantes se esfuerzan ante todo por extinguir la memoria de lo antiguo. Montaigne abre algunas brechas en la muralla del olvido impuesto, por ejemplo, rehabilitando la figura de Juliano, llamado *el Apóstata*, en ese mismo capítulo.

Pero Zweig, cansado y deprimido, parece haber renunciado a luchar. En su carta de despedida escribe simplemente: «Saludo a todos mis amigos. ¡Ojalá alcancen aún a ver la aurora tras la larga noche! Yo, demasiado impaciente, parto antes que ellos». El autor vienés recordó a menudo, en el último tramo de su vida, unas palabras de

inspiración senequiana que Montaigne dedica al suicidio: «La muerte más voluntaria es la más hermosa. La vida depende de la voluntad ajena; la muerte, de la nuestra» (II, 3). Sin embargo, lo cierto es que Michel de Montaigne, aunque a veces se afirme lo contrario, es, en lo fundamental, un autor esperanzado. En más de una ocasión advierte contra el desprecio de uno mismo: «Y, entre nuestras enfermedades — escribe en III, 13—la más salvaje es despreciar nuestro ser». En medio de las tinieblas que ensombrecieron Francia durante tantos años, entrevé la posible llegada de una edad augusta gracias a Enrique de Navarra: «Hunc saltem euerso iuuenem succurrere saeclo I ne prohibete [Por lo menos no impidáis que este joven socorra a nuestro trastornado siglo]» (III, 12). A pesar de sufrir una dolorosa enfermedad, inscribe en las últimas páginas de *Los ensayos* una declaración de radical optimismo cósmico: «Todo bueno, [Dios o la naturaleza] lo ha hecho todo bueno» (III, 13). En vista de la fuerza de este hermoso libro, ¿podemos interpretar que la esperanza del perigordino prevalece también en Zweig, pese a su cansancio personal, y que el gran escritor vienés muere confiado en que Europa, en efecto, vivirá una nueva aurora?^[1]

J. B. B.

I

Hay escritores, pocos, que son accesibles a cualquier persona de cualquier edad y en cualquier época de la vida —Homero, Shakespeare, Goethe, Balzac, Tolstoi—, y hay otros que sólo despliegan todo su significado en un momento determinado. Entre estos últimos se encuentra Montaigne. No se puede ser demasiado joven, ni tampoco carecer de experiencia y desengaños, para poder apreciarlo como es debido, y su pensamiento libre e imperturbable es aún más beneficioso cuando se muestra a una generación que, como la nuestra, ha sido arrojada por el destino a una catarata mundial de proporciones catastróficas. Sólo aquel que tiene que vivir en su alma estremecida una época que, con la guerra, la violencia y las ideologías tiránicas, amenaza la vida del individuo y, en esta vida, su más preciosa esencia, la libertad individual, sabe cuánto coraje, cuánta honradez y decisión se requiere para permanecer fiel a su yo más íntimo en estos tiempos de locura gregaria, y sabe que nada en el mundo es más difícil y problemático que conservar impoluta la independencia intelectual y moral en medio de una catástrofe de masas. Sólo cuando uno mismo haya desesperado y dudado de la razón y de la dignidad humanas, puede alabar como una proeza el hecho de que un individuo se mantenga ejemplarmente íntegro en medio de un caos mundial.

Que sólo el hombre experimentado y puesto a prueba pueda apreciar la sabiduría y la grandeza de Montaigne, lo he constatado yo mismo. Cuando me cayeron en las manos por primera vez, a los veinte años, sus *Ensayos*, el único libro en que nos ha legado su propia persona, no supe —lo digo con toda franqueza— qué partido tomar. Es cierto que yo poseía suficientes conocimientos literarios para reconocer, con todos los respetos, que allí se manifestaba una personalidad interesante, un hombre de especial clarividencia y perspicacia, un hombre encantador que además era un artista capaz de conferir a cada frase y a cada sentencia su impronta personal. Pero mi alegría era literaria, de anticuario, le faltaba la chispa del entusiasmo apasionado, la descarga eléctrica que pasa de un alma a otra. La misma temática de los *Ensayos* me parecía bastante fuera de lugar y en gran parte incapaz de conectar con mi propia existencia. ¿Qué me importaban a mí, un joven del siglo xx, las prolijas digresiones de *sieur* de Montaigne sobre la *Cérémonie de l'entrevue des rois* [La ceremonia de la entrevista entre reyes] o sus *Considération sur Cicéron* [Consideración sobre Cicerón]? Me parecía escolar y anacrónico aquel zurcido de francés ya un poco ennegrecido por el tiempo con citas latinas, y ni siquiera encontraba yo relación con su suave y templada sabiduría. Había llegado demasiado pronto. Pues, ¿de qué servía el intento de Montaigne de advertir al lector del peligro de las ambiciones y los afanes, de involucrarse con demasiada pasión en el mundo exterior? ¿De qué servía

su sosegado anhelo de templanza y tolerancia a una edad impetuosa que no quiere sufrir desilusiones y no busca tranquilidad, sino sólo, de manera inconsciente, algo que estimule su impulso vital? Es consustancial a los jóvenes no dejarse aconsejar templanza y escepticismo. Cualquier duda se convierte para ellos en un freno, porque necesitan fe e ideales para desatar su energía interior. E incluso la locura más radical y absurda, con tal de que los entusiasme, les resulta más importante que la sabiduría más sublime, que debilita su fuerza de voluntad. Y por otro lado, aquella libertad individual, cuyo más decidido heraldo de todos los tiempos había sido Montaigne, no nos parecía necesitar todavía, hacia 1900, una defensa tan pertinaz. Porque, ¿acaso no era ya una evidencia desde hacía mucho tiempo? ¿No era ya posesión, garantizada por la ley y la costumbre, de una humanidad emancipada desde mucho antes de la dictadura y la esclavitud? El derecho a la propia vida, a los pensamientos propios y a su expresión oral y escrita sin trabas nos parecía tan naturalmente nuestro como la respiración, como los latidos del corazón. Ante nuestros ojos se abría el mundo entero, tierras y más tierras, no éramos prisioneros del Estado ni esclavos al servicio de la guerra ni estábamos sometidos al arbitrio de ideologías tiránicas; nadie corría el peligro de ser proscrito, desterrado, expulsado o encarcelado. Y, a los de nuestra generación, nos parecía que Montaigne daba tirones inútiles a cadenas que creíamos rotas hacía tiempo, sin sospechar que el destino las había forjado ya de nuevo para nosotros, más duras y crueles que nunca. Y así, honrábamos y respetábamos su lucha por la libertad del espíritu como una lucha histórica que para nosotros era superflua y fútil desde mucho antes. Una de las misteriosas leyes de la vida es que descubrimos siempre tarde sus auténticos y más esenciales valores: la juventud, cuando desaparece; la salud, tan pronto como nos abandona, y la libertad, esa esencia preciosísima de nuestra alma, sólo cuando está a punto de sernos arrebatada o ya nos ha sido arrebatada.

Así, pues, para comprender el arte y la ciencia de la vida de Montaigne y la necesidad de su lucha por *soi-même* [sí mismo] como la más necesaria de nuestro mundo espiritual, tenía que darse una situación que fuera parecida a la que él vivió. Como él, también nosotros tuvimos que vivir una de esas terribles recaídas del mundo después de una de las más gloriosas ascensiones, también a nosotros nos han despojado a latigazos de nuestras esperanzas, experiencias, expectativas y entusiasmos hasta el punto de que no nos queda por defender sino nuestro yo desnudo, nuestra existencia única e irrepetible. Es en esta hermandad de destino cuando Montaigne se convierte en mi hermano indispensable, en mi amigo, mi amparo y mi consuelo, pues ¡qué desesperadamente parecido es su destino al nuestro! Cuando Michel de Montaigne llega al mundo, una gran esperanza empieza a extinguirse, una esperanza igual a la que nosotros mismos hemos vivido a principios de nuestro siglo, la esperanza de una humanización del mundo. En el curso de una

vida humana, el Renacimiento había brindado a la feliz humanidad, con sus artistas, sus pintores, sus poetas y sus eruditos, una belleza nunca esperada con semejante plenitud, y parecía alborear un siglo o, mejor dicho, parecían alborear siglos en los que la fuerza creadora acercaba paso a paso, ola tras ola, la oscura y caótica existencia a lo divino. De pronto, el mundo se había vuelto vasto, pleno y rico. Los sabios rescataron de la Antigüedad, con las lenguas latina y griega, la sabiduría de Platón y de Aristóteles y la devolvieron a los hombres: el Humanismo, con Erasmo al frente, prometía una cultura armoniosa, cosmopolita; la Reforma parecía fundar una nueva libertad de credo junto a la nueva amplitud del saber. Las distancias y las fronteras entre los pueblos desaparecieron, pues la imprenta recién inventada daba a cada palabra, a cada significado y a cada pensamiento la posibilidad de difundirse con rapidez; lo que era dado a un pueblo parecía pertenecer a todos, y así se creó una unidad de espíritu por encima de las desavenencias de los reyes, los príncipes y las armas. Y otra maravilla: a la vez que el mundo espiritual, también el mundo terrenal, físico, se expandió hasta horizontes insospechados. Del océano intransitable surgieron nuevas costas, nuevas tierras, un gigantesco continente garantizó una patria a generaciones y más generaciones. La sangre circulaba más deprisa en las arterias del comercio, la riqueza inundaba el viejo suelo europeo, creaba un lujo que, a su vez, promovía osados edificios, cuadros y esculturas, un mundo embellecido, espiritualizado. Pero siempre que el espacio se ensancha, el alma se tensa. Como en nuestro fin de siglo: cuando el espacio se ensanchó de nuevo gracias a la conquista del éter por el avión y por la palabra, sobrevolando invisible los países, cuando la física y la química, la técnica y la ciencia arrancaron a la naturaleza secreto tras secreto y pusieron sus fuerzas al servicio de la fuerza humana, una esperanza indescriptible dio aliento a la humanidad tantas veces defraudada y en mil almas resonó la respuesta al grito de Ulrich von Hutten: «Es un placer vivir».^[2] Pero cada vez que la ola asciende demasiado rápida y escarpada, cae como una catarata con tanta más fuerza. Y así como en nuestro tiempo precisamente las nuevas conquistas, los prodigios de la técnica, transforman el perfeccionamiento de la organización en los más terribles factores de destrucción, así también los elementos del Renacimiento y del Humanismo, que parecían saludables, se transformaron en veneno mortífero. La Reforma, que en Europa soñaba con dar un nuevo espíritu al cristianismo, sazonó la descomunal barbarie de las guerras de religión; la imprenta, en vez de difundirla cultura, diseminó el *furor theologicus* [delirio teológico]; en vez del humanismo, triunfó la intolerancia. En toda Europa, sangrientas guerras civiles desgarraban los países, mientras en el Nuevo Mundo la bestialidad de los conquistadores se desataba con crueldad inaudita. La época de un Rafael, un Miguel Ángel, un Leonardo da Vinci, un Durero o un Erasmo recae en las atrocidades de un Atila, un Gengis-Kan o un Tamerlán.

La auténtica tragedia en la vida de Montaigne consistió en tener que ser testigo impotente de esta horrible recaída del humanismo en la bestialidad, uno de esos esporádicos arrebatos de locura de la humanidad como el que vivimos hoy de nuevo, a pesar de una vigilancia espiritual imperturbable y de una compasiva conmoción del alma. En su tierra, en su mundo, ni un solo momento vio que reinaran la paz, la razón, la concordia y la tolerancia, todas esas sublimes fuerzas del espíritu a las que su alma se había entregado. Tanto en su primera mirada al mundo como en la última, de despedida, vuelve la cara con horror (como nosotros) al pandemónium del mundo y al odio que infama y destruye a su patria y a la humanidad. Es todavía un adolescente, no pasa de los quince años, cuando en Burdeos se reprime ante sus ojos el levantamiento popular contra la *gabelle* (impuesto sobre la sal) con una crueldad que lo convierte de por vida en el más furibundo enemigo de todo tipo de atrocidad.

[3] El muchacho ve cómo cientos de personas son torturadas hasta la muerte con todos los suplicios que el peor de los instintos puede llegar a inventar: ahorcadas, empaladas, atadas a la rueda, descuartizadas, decapitadas y quemadas. Ve cómo los cuervos revolotean durante días alrededor del patíbulo para alimentarse de la carne calcinada y medio descompuesta de las víctimas. Oye los gritos de los torturados y no puede dejar de percibir el hedor de carne quemada que inunda las calles. Y apenas el chico se ha hecho mayor, estalla la guerra civil, que asola Francia con sus ideologías fanáticas tanto como hoy los fanatismos sociales y nacionales asolan el mundo de un extremo a otro. La *Chambre Ardente* (el ignominioso tribunal que solía condenar a la hoguera) ordena quemar a los protestantes; [4] la noche de San Bartolomé extermina ocho mil personas en un día; [5] los hugonotes, por su parte, devuelven crimen por crimen, saña por saña, barbarie por barbarie; asaltan iglesias, destruyen estatuas, la obcecación no concede paz siquiera a los muertos, y las tumbas de Ricardo Corazón de León y de Guillermo el Conquistador son profanadas y saqueadas. De pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad avanzan las tropas, ora las católicas, ora las hugonotas, pero siempre franceses contra franceses, ciudadanos contra ciudadanos, y ninguna de las partes cede en su exaltada bestialidad. Guarniciones enteras de prisioneros son pasadas a cuchillo del primero al último hombre. Los ríos apestan a cadáveres que flotan corriente abajo, se calcula en ciento veinte mil los pueblos que han sido saqueados y destruidos, y matar perderá pronto su pretexto ideológico. Bandas armadas asaltan los castillos, y para los viajeros, no importa que sean protestantes o católicos, cabalgar por un bosque vecino no es menos peligroso que un viaje a las Nuevas Indias o a los poblados caníbales. [6] Ya nadie sabe si su casa y sus bienes le pertenecen, si mañana vivirá aún o estará muerto, si seguirá siendo libre o caerá prisionero, y Montaigne, ya anciano, escribe en 1588: «En esta confusión en la cual nos encontramos desde hace treinta años, todo francés, sea en particular, sea en general, se encuentra a cada momento a punto de sufrir un vuelco completo de

fortuna».^[7]

Ya no existe seguridad en la tierra: este sentimiento básico se refleja necesariamente, desde el punto de vista de Montaigne, en lo espiritual, y por eso hay que tratar de encontrarla fuera de este mundo, fuera de la patria y fuera de la época, negarse a formar parte del coro vocinglero de los posesos y los asesinos, crear la propia patria, el propio mundo. De los sentimientos que albergaban los hombres de aquella época —tremendamente parecidos a los nuestros— da testimonio el poema que La Boétie dedica en 1560 a Montaigne, su amigo de veintisiete años, y en el que exclama: «¡Qué destino nos ha hecho nacer precisamente en estos tiempos! Contemplo el ocaso de mi país y no veo otro camino que el de emigrar, abandonar mi casa e ir adonde el destino me lleve. Hace tiempo que la cólera de los dioses me apremia a huir, mostrándome las vastas y abiertas tierras del otro lado del océano. Cuando en el umbral de nuestro siglo surgió de las olas un nuevo mundo, fue porque los dioses lo destinaban para ser un refugio en el que los hombres cultivaran su propio campo bajo un cielo mejor, mientras la terrible espada y una ignominiosa calamidad condenan a Europa a la destrucción».^[8]

En tales épocas, en las que los nobles valores de la vida, todo lo que da sentido a nuestra existencia, la legítima y la hace más pura y bella, nuestra paz, nuestra independencia, nuestro derecho innato, todo esto es víctima de la locura de una docena de fanáticos y de ideologías, en tales épocas todos los problemas del hombre que no quiere perder su humanidad, sacrificada a la época, convergen en uno solo: ¿cómo mantenerme libre? ¿Cómo preservar, a pesar de todas las amenazas y todos los peligros, en medio de la furia de los bandos en lucha, la insobornable claridad del espíritu, y cómo conservar ileso la humanidad del corazón en medio de la bestialidad? ¿Cómo sustraerme a las exigencias que el Estado o la Iglesia o la política me quieren imponer contra mi voluntad? ¿Cómo defenderme para no ir en mis palabras y acciones más allá de donde mi yo más íntimo quiere llegar? ¿Cómo proteger esta parcela única y particular de mi yo, que en un rincón único me refleja el universo, contra la sumisión a la medida reglamentada y decretada desde fuera? ¿Cómo preservar mi alma propia e individual y su materia, que sólo a mí me pertenece, cómo sustraer mi cuerpo, mi salud, mis nervios, mis pensamientos, mis sentimientos, al peligro de caer víctima de una locura y de unos intereses ajenos?

A responder estas preguntas, y sólo éstas, dedicó Montaigne su vida y sus energías todas, su denuedo, su arte y su ciencia. Por amor a esta libertad, se observaba a sí mismo, se vigilaba, examinaba y censuraba en cada uno de sus actos y sentimientos. Y esta búsqueda y este esfuerzo por la pureza de espíritu, por la salvaguarda de la libertad en una época de servilismo generalizado a ideologías y facciones, lo convierte hoy en nuestro hermano y contemporáneo. Si lo amamos y, sobre todo, si lo honramos como artista es porque nadie se entregó como él al arte

más sublime: *le plus grand art: rester soi-même*, seguir siendo uno mismo.^[9] Otros tiempos, más pacíficos y más tranquilos, han tratado desde otros puntos de vista el legado espiritual, literario, moral y psicológico de Montaigne; han discutido doctamente para decidir si era escéptico, cristiano, epicúreo o estoico, filósofo o bufón, escritor o un simple diletante genial. En tesis doctorales y tratados eruditos se analizan y enseñan detallada y escrupulosamente sus opiniones sobre educación y religión. Pero lo que a mí me interesa e importa de Montaigne hoy es cómo, en una época parecida a la nuestra, supo ser interiormente libre, y cómo, al leerlo, nos sentimos fortalecidos por su pensamiento. Lo veo como patriarca, patrono y amigo de todo *homme libre* [hombre libre] sobre la tierra,^[10] como el mejor maestro de esta nueva y sin embargo eterna ciencia de seguir siendo uno mismo frente a todos y a todo. Pocas personas de este mundo han luchado con más honradez y encono por mantener puro e imperturbable su yo más íntimo, su *essence* [esencia],^[11] a pesar de la turbia y emponzoñada espuma de la agitación de la época, y pocos han logrado salvar de su tiempo, para todos los tiempos, su yo más íntimo.

La lucha de Montaigne por conservar la libertad interior, quizá la lucha más consciente y tenaz que jamás ha librado el hombre, no tiene, ni externamente, la más pequeña sombra de tragedia o de heroísmo. Sería artificioso encasillar a Montaigne entre los poetas y los pensadores que han luchado con la palabra por la «libertad de la humanidad». No posee la elocuente diatriba ni el bello empuje de un Schiller o un lord Byron, ni la agresividad de un Voltaire. Montaigne habría sonreído ante la idea de pretender transferir a otros, y menos a las masas, algo tan personal como la libertad interior, y desde lo más profundo de su alma odiaba a los reformadores profesionales del mundo, a los teóricos y expendedores de ideologías. De sobra sabía que ya es una tarea colosal por sí sola conservar la propia independencia interior. De modo que restringe su lucha exclusivamente a la acción defensiva, a la defensa de aquel fortín más recóndito al que Goethe llama la «ciudadela» y el acceso a la cual nadie permite a nadie. Su técnica y su táctica consisten en mantenerse exteriormente lo más discreto y lo menos llamativo posible, en ir por el mundo con una especie de caperuza para encontrar el camino hacia sí mismo.^[12]

En realidad, pues, Montaigne no tiene lo que solemos llamar una biografía. Nunca causó extrañeza o sorpresa a nadie, porque no se daba importancia en la vida ni solicitaba auditorio ni aplausos para sus ideas. Por fuera parecía un burgués, un funcionario, un noble, un católico, un hombre que cumplía con sus obligaciones sin llamar la atención; para el mundo exterior adoptaba el mimetismo de la discreción, para así poder desplegar y observar en su interior el juego de colores de su alma con todos sus matices. Siempre estaba dispuesto a prestarse, nunca a darse.^[13] En cualquier circunstancia de la vida se reservaba lo mejor de su ser, lo más propio. Dejaba a los otros hablar, agruparse en cuadrillas, encolerizarse, predicar y

fanfarronear; dejaba que el mundo siguiera sus caminos insensatos y enmarañados y sólo se preocupaba de una cosa: ser juicioso él mismo, humano en una época de inhumanidad, libre en medio de una locura colectiva. Dejaba que cualquiera se burlara de él, que lo llamara insensible, indeciso y cobarde, que los demás se asombraran de que él no se abriese paso para obtener cargos y dignidades; incluso los más allegados, los que lo conocían, ignoraban con qué constancia, tenacidad, cordura y ductilidad trabajaba a la sombra del mundo en la única tarea que él mismo se había impuesto: en vez de vivir una simple vida, vivir la suya propia.

Así, el hombre aparentemente inactivo llevó a cabo una acción incomparable; conservándose y describiéndose a sí mismo, conservó en sí mismo al hombre *in nuce*, al hombre desnudo e intemporal, y mientras todo lo demás, los tratados teológicos y las digresiones filosóficas de su siglo, nos parecen lejanos y obsoletos, él es nuestro contemporáneo, el hombre de hoy y de siempre, y su lucha es la más actual de la tierra. Cientos de veces, al leer a Montaigne, página tras página, tengo la impresión de que *nostra res agitur* [el asunto nos concierne],^[14] la impresión de que en ellas está mejor pensado y dicho, con más claridad y nitidez, lo que constituye la preocupación más profunda de mi alma en la época en que vivo. Hay en estas páginas un *tú* en el que se refleja mi *yo*, la distancia queda abolida, el tiempo se separa de los tiempos. No tengo conmigo un libro, una literatura, una filosofía, sino a un hombre del que soy hermano, un hombre que me aconseja, que me consuela y traba amistad conmigo, un hombre al que comprendo y que me comprende. Si tomo los *Ensayos*, el papel impreso desaparece en la penumbra de la habitación. Alguien respira, alguien vive conmigo, un extraño ha entrado en mi casa, y ya no es un extraño, sino alguien a quien siento como amigo. Cuatrocientos años se han disipado como humo; no es el *seigneur* de Montaigne, el *gentilhomme de la chambre* [gentilhombre de cámara] de un olvidado rey de Francia, no es el señor del castillo de Périgord quien me habla; se ha despojado de la gorguera blanca con pliegues, se ha quitado el sombrero puntiagudo y el espadín, la orgullosa cadena de la orden de Saint Michel que llevaba alrededor del cuello.^[15] Ya no es el burgomaestre de Burdeos quien me visita, no es el *gentilhomme* ni el escritor. Un amigo ha venido a aconsejarme y a hablarme de él. A veces su voz se quiebra con un ligero matiz de tristeza por la fragilidad de nuestra naturaleza humana, por la insuficiencia de nuestro intelecto, la estrechez de miras de nuestros líderes, la absurdidad y la barbarie de nuestra época: es aquella noble tristeza con la que su discípulo Shakespeare dotó precisamente y de modo tan inolvidable a sus más entrañables personajes, a Hamlet, a Bruto y a Próspero. Pero luego noto su sonrisa: ¿por qué te lo tomas tan a pecho? ¿Por qué te dejas provocar y humillar por la locura y la bestialidad de esta época? Al fin y al cabo todo esto sólo llega a rozar tu piel, tu vida externa, no tu yo más íntimo. Lo externo no puede quitarte nada ni turbarte, mientras tú no te dejes turbar. «El hombre de entendimiento no tiene nada

que perder». ^[16] Los acontecimientos de este mundo nada pueden contra ti mientras te niegues a tomar parte en ellos; el desvarío de la época no es una calamidad real mientras conserves tu claridad de ideas. E incluso los peores de estos acontecimientos, las aparentes humillaciones, los golpes del destino, los vives sólo en tanto que te muestras débil ante ellos, pues ¿quién sino tú mismo les otorga valor e importancia, les atribuye placer y dolor? ^[17] Tu yo no puede ensalzar ni denigrar nada excepto a ti mismo: ni siquiera a la presión exterior más fuerte le resulta fácil neutralizar a quien se mantiene interiormente firme y libre. Siempre, pero sobre todo cuando el individuo ve amenazadas su paz interior y su libertad, la palabra y el sabio consejo de Montaigne serán un alivio, pues nada nos protege más en una época de confusión y de bandos opuestos que la lealtad y el humanismo. Basta una hora, o media, con su libro para encontrar una palabra correcta y alentadora. Siempre y cada vez, lo que él dijo hace siglos sigue siendo cierto y válido para todo aquel que luche por su propia independencia. A nadie debemos estar tan agradecidos como a aquellos que, en una época tan inhumana como la nuestra, fortalecen el elemento humano que hay en nosotros; a aquellos que nos exhortan a no renunciar a lo único indeleble que poseemos, nuestro yo más íntimo, a pesar de todas las presiones y obligaciones externas, temporales, estatales o políticas. Pues sólo aquel que se mantiene libre frente a todo y a todos, conserva y aumenta la libertad en la tierra.

II

Que el autor de los *Ensayos* pudiera firmar su libro con el orgulloso nombre de Michel Sieur de Montaigne y acompañarlo de un escudo de armas, le costó originariamente la modesta suma de novecientos francos. Pues, antes de que, el 10 de octubre de 1477, su bisabuelo comprara por esta suma el castillo de Montaigne al arzobispo de Burdeos, y antes de que su nieto, el padre de Montaigne, obtuviera permiso para añadir el nombre de esta posesión al suyo propio como título nobiliario, los antepasados de Michel se llamaban simple y llanamente Eyquem. Es Michel de Montaigne quien, gracias a su sabia y escéptica mundología, sabe cuán provechoso resulta llevar en este mundo un nombre altisonante («tener un nombre hermoso que se pronuncie y se retenga con facilidad»),^[18] el primero en eliminar, tras la muerte de su padre, el antiguo nombre familiar de todos los pergaminos y documentos. A esta sola circunstancia se debe el hecho de que no busquemos en la historia de la literatura universal al autor de los *Ensayos* bajo la letra E, como Michel Eyquem, sino bajo la M, como Michel de Montaigne.

El nombre de la familia Eyquem despierta desde hace siglos en Burdeos un eco de plata y oro, y también, sin duda, un ligero olor de pescado ahumado. Los estudios genealógicos no han indagado hasta ahora de dónde proceden originariamente estos Eyquem, si de Inglaterra, donde Montaigne —poco fiable en cuestión de linaje— afirma haber descubierto un *anden cousinage* [antiguo parentesco] con una *maison connue* [casa conocida],^[19] o simplemente de las inmediaciones. Lo único que se puede comprobar es que los Eyquem habían tenido su negocio en el barrio portuario de la Rousselle, desde donde expedían pescado ahumado, vino y otros artículos en calidad de comerciantes pequeño-burgueses. El primer paso ascendente, a partir del negocio del pescado y el tenderete, lo da Ramon Eyquem, bisabuelo de Montaigne, nacido en 1402 en Blanquefort, región de Le Médoc, el cual trabaja ya de armador y, gracias a su *prud'homme* [probidad],^[20] a su cauta inteligencia y a su matrimonio con la heredera más rica de Burdeos, sienta las bases de la fortuna familiar. A sus sesenta y cinco años, este Ramon Eyquem hace su más astuta adquisición comprando la *maison noble* [la mansión noble], el castillo de Montaigne, al señor feudal, el arzobispo de Burdeos, y esta adquisición del noble castillo por un simple burgués se convierte, de acuerdo con las costumbres de la época, en un acto solemne. El anciano comerciante entra solo en el castillo abandonado, a través de la gran puerta que se cierra tras él con pestillos, hasta que los sirvientes, los arrendatarios, los campesinos y los colonos rinden homenaje y prestan juramento al nuevo señor. Su hijo Grimon, de facultades más modestas, se limita a descansar en la herencia paterna. Aumenta la fortuna, pero deja el castillo medio en ruinas, sin preocuparse lo más mínimo. Será el

nieto de Ramon Eyquem, el padre de Montaigne, Pierre Eyquem, quien dé el paso decisivo y saque a la familia del mundo burgués y la lleve al de la nobleza. Renuncia a la agencia naviera y al comercio de pescado para tomar la profesión más caballeresca de soldado; todavía joven, acompaña al rey Francisco I a la guerra de Italia, de la que regresa con un diario personal —que por desgracia no se ha conservado— y, como la más apetecida de las recompensas por sus leales servicios, el título de *sieur* de Montaigne. El flamante noble hace realidad, a sabiendas, el sueño de su abuelo, reconstruyendo el viejo y medio derruido castillo de Montaigne y convirtiéndolo en una imponente residencia señorial. En medio de una vasta extensión de tierras, que el hábil y enérgico señor consigue tras numerosos procesos y unas pocas compras, se levanta el suntuoso castillo con sus espesos muros, torres y aspilleras: una fortaleza, visto desde fuera, pero a la vez un lugar de cultura humanística y generosa hospitalidad. No sin un deseo de formación interior y una voluntad todavía mayor de ampliar sus conocimientos, el joven soldado visita la Italia del Renacimiento en su más bello florecimiento artístico. La mera codicia y el afán de ganancias de sus antepasados se transforman en él en una ambición superior. Pone las bases de una magnífica biblioteca, atrae a su casa a sabios, humanistas y profesores,^[21] y, sin desatender la administración del gran patrimonio y de la suntuosa propiedad, estima que es su deber de noble terrateniente servir a la patria en la paz tanto como había servido al rey en tiempos de guerra. Partiendo de *prévôt* [preboste] y *jurat* [cónsul], es decir, un simple asesor del municipio, acaba siendo elegido viceburgomaestre y luego burgomaestre de Burdeos, donde su abnegada labor le vale un honroso recuerdo. Con emoción describe Montaigne la pasión de este hombre ya enfermo y fatigado: «Recordaba haberlo visto en su vejez, siendo yo un niño, con el alma cruelmente turbada por los enredos públicos, olvidando el suave aire de su casa, a la que la flaqueza de los años, y su administración y su salud, lo habían fijado desde mucho tiempo atrás, y desdeñando, ciertamente, su vida, que estuvo a punto de perder, obligado por ellos a efectuar largos y penosos viajes. Él era así; y este carácter procedía de una gran bondad natural. Jamás hubo alma más caritativa y amante del pueblo».^[22]

Con el padre de Montaigne la familia da el segundo y penúltimo paso en su camino ascendente. De ser unos pequeños comerciantes que sólo se enriquecen a sí mismos y a su familia, los Eyquem pasan a convertirse en los próceres de la ciudad y en los *sieurs* de Montaigne. En todo el Périgord y la Guyenne se menciona su nombre con profundo respeto. Pero es el hijo quien culmina el ascenso, el maestro de Shakespeare,^[23] el consejero de reyes, honra de su lengua y protector de todos los librepensadores de la tierra.

Mientras en el transcurso de tres generaciones, desde Ramon Eyquem hasta Pierre pasando por Grimon, la familia paterna sigue su curso ascendente, la familia materna

de Michel de Montaigne corona su ascensión al mismo ritmo, con el mismo tesón, alcance de miras y *prud'hommie*. Cuando el *sieur* Pierre de Montaigne, padre de Michel, toma por esposa a los treinta y tres años a una tal *demoiselle* Antoinette de Louppes de Villeneuve, a primera vista parece que la vieja nobleza se une a la vieja nobleza. Pero, si volvemos las páginas de los pergaminos más antiguos y de las notas de archivo sobre este contrato matrimonial al parecer tan espléndido, descubrimos que el abolengo de los Louppes de Villeneuve es tan poco rancio como el de los Montaigne y, para utilizar las palabras de Casanova, fue sacado del alfabeto con la misma arbitrariedad que el de los Eyquem. Casi al mismo tiempo en que el comerciante de pescado Ramon Eyquem, un siglo (?) antes del nacimiento de Montaigne, se afana por dar los primeros pasos y salir del mundo burgués, socialmente menospreciado, y entrar en el de los caballeros, un rico judío español, Mosche Paçagon, da en Zaragoza el mismo paso para separarse de un gremio proscrito y mal visto haciéndose bautizar. Preocupado al igual que los Eyquem por encubrir su origen en las personas de sus hijos y demás descendientes, se provee de un nombre español de hidalga resonancia para sustituir el original judío, haciéndose llamar después del bautizo García López de Villanueva. De esta manera, su gran y ramificada familia sobrevive al habitual destino de los judíos durante los años de la Inquisición española. El cambio resulta afortunado para algunos de estos nuevos cristianos: se convierten en consejeros y banqueros de la corte; otros, menos hábiles o menos favorecidos por la fortuna, son quemados en la hoguera por marranos. Los más precavidos, empero, inferiores a los Eyquem en *prud'hommie*, emigran oportunamente de España, antes de que la Inquisición analice demasiado escrupulosamente su noble cristianismo. Una parte de la familia se establece en Amberes y se convierte al protestantismo; otra, de línea católica, traslada sus negocios a Burdeos y Toulouse, donde la familia se afrancesa y, para seguir disfrazando su origen, se hace llamar Louppes de Villeneuve. Entre los Villeneuve y los Montaigne o, mejor dicho, entre los Eyquem y los Paçagon se efectuaban toda clase de negocios. El último de ellos, y el más exitoso para el mundo, es el matrimonio el quince de enero de 1528 de Pierre Eyquem con Antoinette de Louppes, que aporta una dote de mil escudos de oro. Y podemos calcular más o menos la fortuna de los Eyquem en esa época cuando más tarde Michel de Montaigne califica esta dote de relativamente modesta.

A esta madre de sangre judía, con la que Montaigne convive durante más de medio siglo y que incluso sobrevive a su célebre hijo, éste no le dedica ni una sola palabra en sus obras y escritos.^[24] No se sabe de ella sino que, hasta la muerte de su marido, al que dio cinco hijos, administró la noble casa con una *prud'hommie* doble que la de la familia, de modo que pudo dejar escrito con orgullo en su testamento: «Es notorio que he trabajado por espacio de cuarenta años en la Casa de Montaigne

con mi marido, de forma que por mi trabajo, cuidado y administración, la dicha casa ha resultado grandemente revaluada, dignificada y aumentada».^[25] Nada más se sabe de ella, y esta ausencia en toda la obra de Montaigne se ha interpretado a menudo en el sentido de que él, que a pesar de su inteligencia había sucumbido a la vanidad de la nobleza —en su testamento, por ejemplo, pedía ser enterrado en la tumba de sus antepasados, cuando en realidad sólo su padre estaba enterrado en Montaigne—, había querido encubrir u ocultar su origen judío. Pero, al igual que no menciona a su madre, Montaigne tampoco habla en sus obras de su mujer ni de su hija, salvo en una única dedicatoria.^[26] Su visión del mundo se había formado a partir de los antiguos, entre los cuales la mujer no goza de consideración en los círculos intelectuales.^[27] Y así nada sabemos de una inclinación particular o de una particular aversión del nieto Eyquem hacia la nieta de Mosche Paçagon. Son dos empujes, fuertes y sanos, que se agotan y a la vez se consuman en Montaigne, el vértice de esta pirámide. Todos los contrastes entre los comerciantes de pescado gascones y los agentes de cambio judíos se resuelven en la persona del escritor en una forma nueva, única y creadora. No sin artificio se podría distinguir, en esta unión tan perfecta, lo que debe Montaigne a una línea familiar y a otra. Sólo podemos decir que, gracias a esta mezcla, estaba predestinado a ser un hombre del centro y de la unión que miraba a todos lados sin prejuicios, con amplitud de miras, *libre penseur* [librepensador] y *citoyen du monde* [ciudadano del mundo], un espíritu libre y tolerante, hijo y ciudadano no de una raza ni de una patria, sino del mundo, más allá de los países y los tiempos.^[28]

III

Un nombre noble contiene la voluntad inconsciente de conservarse y perpetuarse de generación en generación. Así, para el primer portador del título de Señor de Montaigne, Pierre Eyquem de Montaigne, es un motivo de orgullo la perspectiva de convertirse en antepasado de una estirpe que llegará a ser famosa, cuando el último día de febrero de 1533, después de haber perdido dos hijas al poco de nacer, nace el anhelado primer hijo, nuestro Michel de Montaigne. Desde el mismo instante de su nacimiento, el padre le asigna un destino superior. Así como él mismo había superado a su padre en formación, cultura y posición social, este hijo deberá superarlo a su vez; doscientos cincuenta años antes de Jean-Jacques Rousseau, tres siglos antes de Pestalozzi, en mitad del siglo XVI y en un castillo solitario de la Gascuña, el nieto de un comerciante de pescado y ex soldado reflexiona a fondo sobre la educación que dará a su hijo. Invita a sus eruditos amigos humanistas y les consulta respecto al mejor método de educarlo desde el principio hasta alcanzar un nivel extraordinario en el plano humano y social, y en muchos aspectos esta solicitud, desconcertante para su época, muestra más de una coincidencia con las ideas más modernas. Ya los comienzos son asombrosos. El niño es arrancado pronto de la cuna y del seno materno y, en vez de hacer venir a un aya, como es costumbre en las casas reales y aristocráticas, es alejado del castillo de Montaigne y confiado a gentes de condición inferior, unos pobres leñadores de un minúsculo caserío propiedad del señorío de los Montaigne.^[29]

Con ello el padre no sólo espera educar al niño en la *frugalité et austérité* [frugalidad y austeridad] y fortalecer su cuerpo, sino que también quiere desde el principio, en un arrebató democrático casi incomprensible para la época, «unir (al niño) al pueblo y a la clase de hombres que necesitan de nuestra ayuda».^[30] Tal vez Pierre Eyquem, en su época burguesa, antes de ostentar el título aristocrático, había sufrido con irritación en carne propia la arrogancia de los privilegiados. Así, quiere evitar que su hijo se sienta, desde el principio, «superior», miembro de una clase privilegiada, y que aprenda desde su tierna infancia a «mirar hacia quien me tiende los brazos más que hacia quien me da la espalda».^[31] Físicamente, Montaigne parece haber superado la época frugal y espartana en la miserable cabaña de carboneros, y cuenta que de niño se había habituado de tal manera a una alimentación frugal que, en vez de «azúcares, confituras y pastas», prefería la comida corriente de los campesinos, «pan moreno, tocino y ajo».^[32] Montaigne estuvo agradecido toda su vida a su padre por haberlo liberado de prejuicios desde el pecho de su madre, y, mientras Balzac le reprocha a su madre el haberlo dejado en casa de un gendarme hasta la edad de cuatro años en vez de tenerlo con ella, Montaigne aprueba el

bienintencionado experimento con esta promesa: «Si yo tuviera hijos varones, les desearía de buena gana mi suerte».^[33]

El cambio resulta tanto más drástico en la medida en que, al cabo de tres años, el padre lleva al niño de nuevo al castillo de Montaigne. Siguiendo el consejo de sus sabios amigos, una vez vigorizado el cuerpo, hay que flexibilizar el alma. El joven Michel pasa del mundo proletario al humanístico como del calor al frío. En su ambición, Pierre Eyquem está decidido desde el principio a no hacer de su hijo un noble ocioso que desperdicie el tiempo en los dados, el vino y la caza, como tampoco un simple y tacaño comerciante. Debe subir a los altos círculos de los que gobiernan el destino de la época gracias a su superioridad intelectual, su formación y su cultura, de los que forman parte del consejo del rey e influyen con su palabra en los acontecimientos, de quienes tienen su patria espiritual no en la estrechez de la provincia, sino en los vastos horizontes del mundo; pero la llave de este reino espiritual es, en el siglo del Humanismo, el latín, por lo que el padre de Montaigne decide poner en manos de su hijo este instrumento mágico lo antes posible. En este apartado castillo de Périgord se pone en escena un experimento de lo más curioso, no desprovisto de ciertos rasgos teatrales.^[34] El padre de Montaigne manda traer con grandes costes a un sabio alemán, elegido ex profeso porque no comprende una palabra de francés, y a dos ayudantes no menos sabios que tienen estrictamente prohibido hablar al niño en otra lengua que no sea el latín. Los primeros y únicos vocablos y frases que el niño de cuatro años aprende son latinos, y para evitar que el niño pueda al mismo tiempo asimilar la lengua materna, el francés, y entorpecer con ello la pureza y la perfección de su dicción latina, se levanta un anillo invisible alrededor del pequeño Michel. Cuando el padre, la madre o los criados quieren comunicar algo al niño, primero tienen que hacerse enseñar por los maestros cuatro migajas de latín. Y así se produce en el castillo de Montaigne una situación realmente cómica: a causa de un experimento pedagógico, una casa entera, padre, madre, criados y sirvientes se ven obligados a aprender latín por un niño de cuatro años, lo cual tiene la divertida consecuencia de que algunas palabras y algunos nombres propios latinos se propagan hasta los pueblos de la vecindad. De este modo, se consigue fácilmente el resultado deseado. El futuro gran prosista francés es incapaz a los seis años de decir una sola frase en su lengua materna, pero ha aprendido el latín en su forma más pura y perfecta sin libro, gramática ni obligación de ninguna clase, sin *fouet et larmes* [sin látigo ni lágrimas].^[35] La antigua lengua universal se ha convertido para él en lengua original y materna de tal modo que durante toda su vida prefiere leer libros en esta lengua antes que en francés, y en momentos de sobresalto o de repentina exclamación involuntariamente le viene a la boca la palabra latina en vez de la francesa.^[36] Y si en su edad adulta no se hubiera encontrado ya en el ocaso del Humanismo, es probable que hubiese escrito sus ensayos exclusivamente en esta

nueva lengua artificial, como Erasmo, y Francia habría perdido uno de sus más sustanciales y magistrales escritores. Este método de hacer aprender latín al hijo sin esfuerzo, sin libros y como un juego, no es sin embargo más que una consecuencia de la tendencia general y deliberada de educar a los hijos sin causarles la menor pena y, al contrario de la rígida educación de la época, que inculca estrictos principios a golpes de bastón, tratar de interesarlos y formarlos según sus inclinaciones personales. Los consejeros humanistas indicaron expresamente al previsor padre que, como cuenta Montaigne, le hiciera «probar la ciencia y el deber con una voluntad no forzada y por mi propio deseo, y que criara mi alma con total dulzura y libertad, sin rigor ni constricción».^[37]

Un detalle divertido da fe de hasta qué punto se cultivó a propósito en el singular castillo de Périgord este interés por desenvolver la voluntad individual. Uno de los preceptores había manifestado abiertamente que era perjudicial para el *cervelle tendre des enfants* [el tierno cerebro de los niños] despertarlos por la mañana *tout à coup et par violence* [de golpe y con violencia].^[38] Por esta razón se idea un sistema especial para ahorrar a los nervios del niño este insignificante trastorno: en su pequeña cama infantil, Michel de Montaigne se despierta todos los días con música. Flautistas y violinistas rodean la cama a la espera de que les den la señal de despertar al durmiente Michel con una suave melodía, y esta delicada costumbre es observada con el cuidado más riguroso. «Jamás me faltó alguien para rendirme este servicio», cuenta Montaigne.^[39] Ningún príncipe Borbón, ningún retoño de emperador Habsburgo, ha sido criado con tantos miramientos como este nieto de comerciantes de pescado gascones y agentes de cambio judíos.

Una educación tan individualizada, en la que nada se prohíbe al niño y se da vía libre a todas y cada una de sus inclinaciones, es una experiencia no exenta de peligros, pues esto de estar tan mal acostumbrado a no encontrar nunca oposición y no tener que someterse a ningún tipo de disciplina deja a un niño la posibilidad de cultivar todos sus caprichos tanto como sus vicios innatos. Y Montaigne reconocerá más tarde que no debe sino a una feliz coincidencia el que esta educación poco severa e indulgente fuera un éxito en su caso. «Mi virtud es una virtud, o una inocencia, para decirlo mejor, accidental y fortuita. Si hubiese nacido con un temperamento más desordenado, me temo que me habría ido lamentablemente».^[40] Algunas huellas de esta educación, para bien y para mal, son perceptibles a lo largo de toda su vida, sobre todo su contumaz resistencia a plegarse a cualquier autoridad, a someterse a una disciplina, y una cierta atrofia de la voluntad. Con semejante infancia Montaigne adquirió el mal hábito, para todos los años venideros, de eludir en lo posible toda tensión demasiado fuerte o violenta, todo lo que representaba una dificultad, una

orden o una obligación, y de ceder siempre a su propia voluntad y a sus caprichos. Esa *mollesse* [blandura], esa *insouciance* [despreocupación], de las que a menudo se lamenta,^[41] tal vez tengan su origen en aquellos años. Pero también su voluntad indomable de mantenerse libre y jamás someterse servilmente a la opinión de otros. Es precisamente gracias a la bondadosa solicitud de su padre que más tarde puede declarar con orgullo: «Tengo un alma libre, completamente independiente y acostumbrada a comportarse según le place».^[42] Pues quien en la infancia ha conocido todavía inconsciente la voluptuosidad y los beneficios de la libertad, nunca los olvidará ni los perderá.

Esta educación indulgente de niño mimado representa un golpe de suerte decisivo para el desarrollo espiritual de Montaigne. Pero también es una suerte para él que se terminara en el momento oportuno. Para poder apreciar la libertad hay que haber conocido la coerción, y la oportunidad para ello se le presenta muy pronto, cuando, a los seis años, es enviado al colegio de Burdeos, donde permanecerá hasta los trece.^[43] No es que allí el hijo del hombre más rico y burgomaestre de la ciudad sea tratado con dureza y energía; la única vez que recibe azotes los recibe *bien doucement* [con mucha suavidad].^[44] Sin embargo, se encuentra con una disciplina férrea que impone despóticamente sus opiniones al alumno sin pedirle las suyas en absoluto. Por primera vez tiene que aprender metódicamente y, de modo inconsciente, el instinto del niño, acostumbrado a aprender sólo *d'après sa propre volonté* [por propia voluntad],^[45] se revuelve contra un saber que, rígidamente formulado y preparado, le viene impuesto a la fuerza. «[Los maestros] no cesan de gritarnos en los oídos —se queja— como si vertieran agua en un embudo, y nuestro cometido se limita a repetir lo que nos han dicho».^[46] En vez de dejar que los alumnos desarrollen provechosamente sus propias opiniones, los llenan de materia muerta. «Nos esforzamos sólo en llenar la memoria, y dejamos el entendimiento y la conciencia vacíos»,^[47] se lamenta, y pregunta irritado: «¿De qué nos sirve tener la barriga llena de alimento si no lo digerimos, si no se transforma en nosotros, si no nos aumenta ni fortalece?».^[48] Le irrita que los escolásticos del colegio lo obliguen a aprender hechos y cifras, leyes y sistemas —no en vano en aquella época llamaban *pedantes* a los directores de aquella escuela—, y quieran imponer a la memoria un saber libresco, una *suffisance pure livresque* [una mera capacidad libresca]^[49] y le indigna que los maestros consideren el mejor alumno a aquel que por regla general y de buena gana aprende de memoria lo que le dictan. Precisamente el exceso de saber impartido ahoga la capacidad de formarse una imagen personal del mundo. «Así como las plantas se ahogan por exceso de agua y las lámparas por exceso de aceite, lo mismo le ocurre a la acción del espíritu por exceso de estudio y de materia».^[50] El

saber recibido es una carga para la memoria, no es una función del alma. «Saber de memoria no es saber; es poseer lo que se ha guardado en esta facultad.^[51] No es importante saber la fecha de la batalla de Cartago según Livio y Plutarco, sino conocer el carácter de Escipión y de Aníbal, no el frío dato histórico, sino su contenido humano y psicológico».^[52] Así, el hombre maduro pondrá más tarde mala nota y a la vez dará una buena lección a sus maestros, los cuales no querían sino inculcarle reglas y datos. «Nuestros maestros —dice en sus últimos años— deberían juzgar sólo el progreso que un alumno ha hecho de acuerdo con el testimonio de su vida, no mediante la simple memoria. Dejad que el joven examine y pase por el tamiz todo lo que lee y no acepte nada por la simple confianza, fe o autoridad. Deben presentársele las más diversas opiniones. Si es capaz, sabrá escoger; si no, permanecerá en la duda. Quien sigue a otro, no sigue nada, no encuentra nada, ni siquiera busca algo».^[53] Los buenos maestros fueron incapaces de dar al obstinado muchacho esta educación liberal, aunque había entre ellos eminentes e incluso famosos humanistas, de modo que se despidió de la escuela sin agradecimiento; la dejó «sin fruto alguno que pueda ahora registrar».^[54]

Si Montaigne no estaba satisfecho con sus maestros, tampoco éstos podían estarlo con su alumno, pues, aparte de su resistencia interior contra todo saber libresco, escolar y memorístico, contra toda coerción, orden y disciplina, a Montaigne —como a tantas otras naturalezas destacadas en las que la intensidad intelectual no se despierta sino después de la pubertad— le falta una capacidad de comprensión rápida y flexible. Este espíritu más adelante tan despierto, vivaz y curioso permanece durante sus años de pubertad cautivo de una abulia considerable. Hay una cierta indolencia que es como una carga para él: «... aunque tuviera una salud firme y completa, y al mismo tiempo un natural dulce y tratable, era por lo demás tan torpe, blando y adormecido que no podían arrancarme de la ociosidad, ni siquiera para hacerme jugar».^[55] Poseía ya ciertamente una capacidad de observación penetrante, pero, por decirlo así, sólo en potencia y en raros momentos. «Lo que veía, lo veía bien, y bajo ese torpe temperamento alimentaba imaginaciones audaces y opiniones por encima de mi edad».^[56] Pero *estos* momentos favorables sólo operan hacia dentro. Apenas se hacen perceptibles a los maestros, y Montaigne no les reprocha en absoluto el haberlo menospreciado, antes bien presenta un duro testimonio de su juventud: «El ingenio, lo tenía lento, y no avanzaba sino en la medida que lo conducían; la aprehensión tardía, la invención floja, y, al cabo, una increíble falta de memoria».^[57] Pero nadie sufre el martirio de la escuela como el niño dotado, cuyo talento y alcance los maestros, con sus métodos secos, no saben cultivar ni hacer fértiles, y si Montaigne sale indemne de esta prisión de su juventud, es sólo porque como tantos otros —Balzac lo ha descrito magníficamente en su *Louis Lambert*, y otros muchos antes y después de él— descubre la secreta ayuda y el consuelo: el libro

de poesía al lado del libro de texto. Como Louis Lambert, una vez cautivado por la magia de la lectura libre, ya no puede dejarla. El joven Montaigne lee entusiasmado las *Metamorfosis* de Ovidio, la *Eneida* de Virgilio, los dramas de Terencio y Plauto en la lengua original, que es su auténtica lengua materna.^[58] Y la comprensión de las obras clásicas, así como su dominio oral del latín, de manera curiosa devuelven el honor al alumno mediocre y perezoso. Uno de sus maestros, George Buchanan, que más tarde tendría un papel relevante en la historia de Escocia, es el autor de tragedias latinas muy apreciadas en su época, y, en las representaciones escolares, Montaigne interpreta éstas y otras piezas de teatro en latín con mayor éxito que los actores, superando a todos los demás por su *souplesse de voix* [versatilidad de voz] y también por el dominio del latín adquirido precozmente.^[59] A los trece años, el niño ineducable ha completado su educación exterior; a partir de ahora, y a lo largo de toda su vida, será su propio maestro y alumno.

Después de la escuela, después del colegio, parece que al muchacho de trece años le espera una época de relativo descanso en la casa paterna antes de estudiar derecho en la Universidad de Toulouse, o tal vez en París. Sea como fuere, a los veinte años considera que su educación ha terminado definitivamente. «Por mi parte, considero que las almas han desarrollado a los veinte años lo que deben ser, y que prometen todo aquello de que serán capaces... Tengo por cierto que, después de esta edad, tanto mi espíritu como mi cuerpo han disminuido más que aumentado, y retrocedido más que avanzado».^[60]

No se conserva ningún retrato del Montaigne de esa época, de cuando se reunieron por primera vez en él la vivacidad y la fuerza. Pero Montaigne se ha descrito a sí mismo a lo largo de su vida con tanto esmero, con tanto placer y precisión, que, confiando en su amor a la verdad, podemos representarnos de modo satisfactorio su fisonomía. En cuanto a la estatura, Montaigne es ostensiblemente bajo, como su padre, una circunstancia que él mismo considera una desventaja y de la cual se lamenta, porque esas pocas pulgadas por debajo de la media hacen, por una parte, que llame la atención y, por otra, quitan autoridad a su porte.^[61] Pero aun así tiene lo bastante para convertirse en un joven de buena presencia. Un cuerpo sano y robusto y un rostro de rasgos delicados, con un óvalo estrecho y una nariz finamente dibujada, unas curvas armoniosas, una frente despejada, unas cejas bellamente arqueadas, una boca carnosa entre el bigote y la barbita de color castaño que la sombrea como con una intención secreta.^[62] Los ojos, llamativos por su brillo intenso y escrutador, no debían de tener todavía entonces esa mirada ligeramente melancólica que aparece en los retratos posteriores. Según confesión propia, por temperamento era, aunque no siempre, «vivaracho y alegre, si bien tranquilo y equilibrado».^[63] Para las virtudes caballerescas, las demostraciones de fuerza, el juego y el deporte, le falta la agilidad y la vitalidad de su padre, quien, a los sesenta años, todavía puede saltar

por encima de la mesa apoyándose sólo en los pulgares y subir impetuosamente de tres en tres los peldaños de las escaleras de su castillo.^[64] «He carecido de destreza y prontitud... De música, ni en cuanto a la voz, que tengo muy inepta, ni en cuanto a los instrumentos, jamás me han podido enseñar nada. En la danza, en la pelota, en la lucha, no he podido adquirir sino una destreza muy ligera y común; para nadar, esgrimir, hacer acrobacias y saltar, de todo punto nula. Las manos las tengo tan torpes que ni siquiera soy capaz de escribir para mí mismo, de suerte que prefiero rehacer lo que he emborronado a tomarme el trabajo de descifrarlo... No sé cerrar correctamente una carta, ni he sabido nunca cortar una pluma, ni trinchar como se debe en la mesa, ni equipar un caballo con el arnés, ni llevar un ave en el puño, ni soltarla, ni hablar a los perros, ni a las aves, ni a los caballos».^[65]

Se siente más atraído por la vida de sociedad y a ella se dedica, además de su afición por las mujeres, las cuales, según sus propias palabras, lo sedujeron profusamente desde el primer momento.^[66] Su particular *vivacité de l'imagination* [imaginación vivaz]^[67] le permite solucionar fácilmente los problemas. Sin ser un pisaverde, confiesa que, debido a una cierta «despreocupación a la que tiendo claramente por temperamento»,^[68] es uno de esos hombres «en quienes las ropas hermosas lloran»,^[69] busca la compañía y la camaradería y su mayor placer es la discusión, pero la discusión practicada como un juego de esgrima, no por ánimo pendenciero o por resentimiento.^[70] La sangre caliente del gascón, que a veces lo empuja a arrebatos apasionados,^[71] es controlada desde el principio por un entendimiento claro, atemperado por naturaleza. A Montaigne, al que horroriza toda grosería y repugna toda brutalidad, lo *acongoja* físicamente «la visión de las angustias ajenas».^[72] El joven Montaigne, antes de imaginar y aprender la sabiduría, no posee sino la sabiduría instintiva de amar la vida y a sí mismo en esta vida. Nada en él está decidido aún, no se vislumbra ningún objetivo al que aspire, no se ve ningún talento que se manifieste con nitidez o autoridad. Indeciso, este joven de veinte años contempla el mundo con ojos curiosos para ver lo que puede aportar al mundo y lo que el mundo le puede aportar a él.

IV

La muerte de su padre, Pierre Eyquem, en 1568, es una fecha decisiva en la vida de Montaigne. Hasta entonces había vivido con su padre, su madre, su esposa, sus hermanos y hermanas en el castillo que él llama con cierto énfasis «el castillo de sus antepasados»,^[73] sin tener que preocuparse por el dinero, la economía y la administración. La muerte de su padre lo convierte en heredero, y en un heredero rico. En tanto que primogénito le corresponde el título y una renta de diez mil libras. Pero también la carga de la responsabilidad, puesto que la madre recupera la dote. Él, que sólo a disgusto acepta la responsabilidad de sus propias ocupaciones, ahora como *maiordomus*, como cabeza de familia, tiene la obligación de dirigir o al menos verificar los cien pequeños asuntos y las cuentas de cada día. Y nada le resulta tan odioso como una ocupación regular que exige sentido del deber, perseverancia, tenacidad, esmero, es decir, virtudes eminentemente metódicas. Confiesa sin ambages lo poco que se preocupó de la administración de la casa hasta la mitad de su vida. El dueño y señor de bienes, campos, bosques, prados y viñedos reconoce abiertamente que «ignoro la diferencia entre un grano y otro, en la tierra como en el granero, salvo que sea demasiado evidente, y casi la que hay entre las coles y las lechugas de mi huerto. No entiendo siquiera los nombres de los útiles básicos de la casa, ni los más burdos principios de la agricultura, que los niños saben; [...] no hace un mes que me sorprendieron ignorante de que la levadura sirve para hacer el pan, y de qué es fermentar el vino».^[74] Pero tan inepto es este nuevo propietario con una pala y un arado como con la administración de su hacienda: «Nunca logro imponerme leer las escrituras de cabo a rabo ni examinar las transacciones que, a decir verdad, deberían necesariamente ser objeto de mi atención y de mi control. No es desdén filosófico por las cosas mundanas y transitorias... No, en realidad es por una pereza y una negligencia pueriles e inexcusables. ¡Qué no haría yo antes que leer un contrato!».^[75]

En realidad, la herencia le viene muy a propósito, pues Montaigne ama esta fortuna que le asegura su independencia interior. Pero desearía tenerla sin tener que ocuparse de ella: «Me gusta que me oculten las pérdidas o las precariedades en mis asuntos».^[76] Apenas le nace una hija sueña ya con un yerno que le libere de todos estos trabajos y preocupaciones.^[77] Desearía sobre todo, como él mismo dice, «no saber cuánto posee»,^[78] para disgustarse menos en el caso de una pérdida. Desearía administrar sus bienes tal como haría política y todo lo demás en este mundo: de vez en cuando, cuando le viniera en gana y con la mano izquierda, sin participar directamente. Reconoce que la posesión es como un caballo de Troya que hay que defender cada día y cada hora. «Con todo, estaría satisfecho si pudiera cambiar mi vida por otra más humilde y menos erizada de negocios».^[79] Para llevar más

fácilmente la carga dorada que pesa sobre sus espaldas, Montaigne decide quitarse otra de encima. La ambición de su padre lo empujó a la vida pública. Durante unos quince años ha sido asesor en la Cámara Baja del Parlamento, sin progresar en su carrera política. Ahora, tras la muerte de su padre, interroga al destino. Después de haber sido todo este tiempo décimo asesor de la *Chambre des Enquêtes*,^[80] se presenta como candidato para ser promovido a la *Grande Chambre* [Gran Cámara]. Pero el 14 de noviembre de 1569 la Cámara decide no aceptar a Montaigne bajo el pretexto de que su suegro es el presidente de dicha cámara y un cuñado suyo es consejero de la misma. La decisión le es desfavorable, pero, en un sentido más elevado, le resulta beneficiosa, pues gracias a ella Montaigne tiene un motivo, o un pretexto, para decir adiós al servicio público. Renuncia a su cargo, o más bien lo vende, y a partir de este momento ya sólo sirve a la sociedad a su manera: en ocasiones y cuando una tarea en particular lo atrae. Es difícil imaginar si también ha habido razones secretas en esta decisión de retirarse a la vida privada. En cualquier caso, Montaigne debe de haber sentido que había llegado el momento de tomar una decisión, y a Montaigne no le gusta tener que decidir. La atmósfera pública está de nuevo emponzoñada; los protestantes han vuelto a tomar las armas, y se acerca la noche de San Bartolomé. Como su amigo La Boétie, no concibe la actividad política sino en el sentido de la conciliación y la tolerancia. Es, por naturaleza, un mediador entre las partes, y su verdadera actuación en el servicio público ha consistido siempre en negociar secretas reconciliaciones. Pero ahora se ha acabado el tiempo de mediar. Es el momento de escoger. Francia debe ser hugonote o católica. Los próximos años acarrearán grandes responsabilidades, y Montaigne es enemigo acérrimo de cualquier responsabilidad. Quiere eludir las decisiones. Como el sabio en una época de fanatismo, busca la retirada y la huida.

Demasiado tarde se descubre que se ha cometido una injusticia con él, pues el rey lo nombra posteriormente caballero de la Orden de San Miguel y años más tarde es nombrado *gentilhomme de la Chambre*. Montaigne no hace nada con brusquedad ni para llamar la atención. No protesta, no intriga.^[81]

Cuando Michel de Montaigne toma posesión de la casa, descubre una torre redonda, alta y sólida que por lo visto su padre había mandado construir como fortificación. En la oscura planta baja se encuentra una capillita en la que un fresco medio borrado representa a san Miguel venciendo al dragón. Una estrecha escalera de caracol lleva a una habitación circular del primer piso que Montaigne elige como dormitorio por su aislamiento. Pero es el piso superior, hasta entonces «el lugar más inútil de la casa»,^[82] una especie de trastero, el que se convertirá en la estancia más importante. Decide llevar allí su biblioteca y convertirlo en lugar de meditación. Desde esta habitación tiene vista a su casa y a sus campos. Cuando siente curiosidad, puede ver lo que pasa y controlarlo. Pero nadie puede controlarlo a él, nadie puede molestarlo en su retiro.

Es una estancia lo bastante grande como para permitirle andar por ella, y Montaigne dice que sólo puede pensar cuando mueve el cuerpo.^[83] Hace instalar allí la biblioteca que ha heredado de La Boétie y la suya propia, y en las vigas del techo manda pintar cincuenta y cuatro máximas latinas, de suerte que, cuando pasea ociosamente su mirada por el artesonado, encuentra siempre alguna palabra sabia y tranquilizadora.^[84] Sólo la última de las cincuenta y cuatro máximas está en francés y reza así: *Que sais-je?* [¿Qué sé yo?]^[85] Al lado se halla también un pequeño gabinete para el invierno que hace decorar con pinturas, las cuales serán recubiertas por otras, porque parecerán quizá demasiado frívolas para el gusto de las generaciones venideras.^[86] Aquí él es amo y señor. No tiene más dueño ni soberano que él mismo. Aquí Montaigne es Montaigne.

A los treinta y ocho años, Montaigne se retira. No quiere ya servir a nadie sino a sí mismo. Está cansado de la política, de la vida pública y de los negocios. Es un momento de desilusión. Y, en cierto modo para impedirse a sí mismo el regreso al mundo, hace grabar la siguiente inscripción, en latín, en la pared de la biblioteca:

EL AÑO DE CRISTO DE 1571, A LA EDAD DE TREINTA Y OCHO AÑOS, LA VÍSPERA DE LAS CALENDAS DE MARZO, ANIVERSARIO DE SU NACIMIENTO, MICHEL DE MONTAIGNE, DISGUSTADO DESDE MUCHO ANTES DE LA ESCLAVITUD DE LA CORTE Y DE LOS CARGOS PÚBLICOS, SINTIÉNDOSE TODAVÍA EN PLENO VIGOR, VINO A REPOSAR EN EL SENO DE LAS DOCTAS VIRGENES, EN LA CALMA Y LA SEGURIDAD; ALLÍ PASARÁ LOS DÍAS QUE LE QUEDAN POR VIVIR. ESPERANDO QUE EL DESTINO LE PERMITA ACTIVAR LA CONSTRUCCION DE ESTA HABITACIÓN, DULCE RETIRO PATERNO, LA HA CONSAGRADO A SU LIBERTAD, A SU TRANQUILIDAD Y A SUS OCIOS.^[87]

Esta despedida será algo más que un adiós a los cargos. Será un rechazo del mundo exterior. Hasta el momento ha vivido para los demás, ahora quiere vivir para sí mismo. Hasta el momento ha hecho lo que el cargo, la corte y el padre le han exigido. Ahora hará sólo lo que le venga en gana. Ha acumulado experiencias y ahora quiere encontrarles un sentido, extraer la raíz cuadrada de la suma. Michel de Montaigne ha vivido treinta y ocho años; ahora quiere saber quién es en realidad este Michel de Montaigne y no ocuparse sino de su propia vida y su propia muerte. Ha tenido bastante. Cuando quería ayudar, no podía; cuando aspiraba a algo, le cerraban el camino; cuando quería aconsejar, menospreciaban su consejo.

Pero ni siquiera este retiro a su propia casa, a la vida privada, le basta a Montaigne. Es cierto que la casa le pertenece por derecho y por herencia, pero tiene la sensación de que en realidad él pertenece más a la casa que a sí mismo. Allí están su mujer, su madre y sus hijos, que no son especialmente importantes para él —hay un pasaje extraño en el que confiesa no saber con exactitud cuántos hijos suyos han muerto—; ^[88] están también los criados, los arrendatarios y los campesinos, y él tiene que

pensar en todos ellos. La familia no vive siempre en paz. La casa está llena, y él quiere estar solo. Todo esto le repugna, le resulta molesto e incómodo, y piensa como su modelo, La Boétie, del que alaba como una virtud el «haber pasado toda la vida en la inactividad, despreciado en las cenizas de su hogar»^[89] No ha renunciado al servicio público para ocuparse todos los días de pequeños problemas domésticos como *pater familias*, como *maiordomus*. Quiere leer, pensar, disfrutar, ocuparse y no que lo tengan ocupado. Lo que Montaigne busca es su yo interior, que no puede pertenecer al Estado, a la familia, a la época, a las circunstancias, al dinero o a la hacienda: es el yo interior al que Goethe llamaba su «ciudadela» y en la que no permitía la entrada a nadie. Y Montaigne está decidido «a sustraer ese único rincón a la comunidad conyugal, filial y civil».^[90]

Una casa con una familia de unas diez almas, con docenas de criados, campesinos, obreros y arrendatarios, no es un oasis de paz. Nacen y mueren niños. Hoy se desploma un pozo y mañana se hielan los viñedos. Hay que renovar contratos, apaciguar riñas, hay que comprar y vender, pesar y contar, a cada hora atender un asunto nuevo, si se quiere administrar correctamente. No procede pensar, eso es cosa de otros.

El camino que lo ha alejado de los cargos públicos y lo ha reducido en casa era sólo la primera retirada; el segundo lo aleja de la casa y lo lleva a la ciudadela, a solas consigo mismo, lejos de la familia, de las exigencias de la hacienda y los negocios.

Esta «ciudadela», que para Goethe es sólo simbólica, Michel de Montaigne la erige y construye realmente, de piedra y bajo llave. Hoy día ya no es posible imaginarse el aspecto que tenía el castillo de Montaigne en aquella época, después de las ampliaciones y modificaciones introducidas por Pierre Eyquem. Posteriormente sufrió diversas transformaciones y un incendio lo destruyó totalmente en 1882, salvo, por fortuna, la «ciudadela» de Michel de Montaigne, la famosa torre.^[91]

Su familia no parece haber tenido demasiado cuidado, como se desprende de [...].

«Advierto a aquellos en mi familia que tienen el derecho a enojarse, en primer lugar, que reserven su ira, segundo, que no se enojen en el aire, y miren que su aprensión llegue a aquel de quien se quejan, porque normalmente claman antes de que esté en su presencia y siguen clamando después que se ha ido; la emprenden con su sombra y llevan la tormenta allí donde nadie sufre ni castigo ni perjuicio sino por la barahúnda de gritos quien no puede más».^[92]

Así, Montaigne se ha construido una fortaleza en casa. Él puede salir, nadie puede entrar. Cuando quiera ser terrateniente, patrón, padre, marido o hijo, y sólo cuando quiera, puede cambiar.

Durante un tiempo estuvo considerando la posibilidad de continuar la pared de su pequeño gabinete para así tener también un lugar de paseo privado al aire libre. Pero luego abandonó la idea.^[93]

Este aislamiento, rodeado de inscripciones, tiene algo de pomposo y afectado. Da la impresión de que quiere imponerse una disciplina, la disciplina de la soledad. Puesto

que no se somete a una regla religiosa como un ermitaño ni ha prestado juramento alguno, quiere limitarse y obligarse a sí mismo. Quizá ni él mismo sabe por qué. Pero una voluntad interior lo impulsa a hacerlo.

V

LA DÉCADA CREADORA

La suprema felicidad del pensador es haber explorado lo explorable y venerar serenamente lo inexplorable.

GOETHE

Máximas y reflexiones

Durante los diez años siguientes, Michel de Montaigne pasa la mayor parte de su vida en la torre. Le basta subir unos cuantos peldaños de la escalera de caracol para no oír los ruidos y las conversaciones de la casa, para olvidar los quehaceres que le molestan, pues «tengo un corazón sensible que se inquieta fácilmente; cuando está ocupado en algo, el simple zumbido de una mosca puede asesinarlo».^[94] Si mira por la ventana, ve abajo «mi huerto, mi corral, mi patio, y dentro de la mayoría de partes de mi casa».^[95] Pero a su alrededor, en la habitación circular, sólo están sus libros, que tanto ama. Una gran parte los ha heredado de La Boétie, los demás los ha comprado. No es que pase el día leyendo; se siente dichoso con saber que están ahí. «Sabiendo que los puedo disfrutar cuando quiera, estoy satisfecho con el mero hecho de poseerlos. Nunca viajo sin libros, ya sea en tiempos de paz o en tiempos de guerra. Pero a menudo paso días y meses sin mirarlos. Los leeré poco a poco, me digo, mañana o cuando me plazca... Son las mejores provisiones que he encontrado para este viaje de la vida».^[96] Los libros no son como los hombres, que lo asedian y lo importunan con su palabrería y a quienes resulta difícil eludir. Si no se los llama, no vienen; puede tomar éste o aquél, a su antojo. «Mi biblioteca es mi reino y en ella trato de que mi gobierno sea absoluto».^[97] Los libros le cuentan sus puntos de vista, y él responde con los suyos. Expresan sus pensamientos y le inspiran otros. No molestan cuando él guarda silencio; sólo hablan cuando él les pregunta. Éste es su reino. Ellos están a su servicio.

Montaigne ha explicado de modo insuperable cómo lee y qué le gusta leer. Su relación con los libros, como con todo, es de libertad. Quiere leer y aprender, pero sólo tanto y durante tanto tiempo como le plazca y sólo cuando halle placer en ello. No ha renunciado a sus obligaciones para asumir otras nuevas. De joven, dice, leía «para la ostentación», para hacer gala de conocimientos y alardear de ellos; más adelante, para ser un poco más sabio, y ahora simplemente por placer, nunca por el

beneficio.^[98] Si un libro le aburre, toma otro. Si un libro le resulta demasiado difícil, «no me muerdo las uñas por las dificultades que encuentro en un libro. Después de uno o dos intentos, renuncio, pues mi cabeza actúa sólo al primer impulso. Si no comprendo un punto a primera vista, es inútil repetir los esfuerzos, sólo consiguen hacerlo más oscuro».^[99] En el momento en que se requiere un esfuerzo, este *casual reader* [lector ocasional] desiste. «No tengo necesidad de sudar por ellos y puedo dejarlos cuando quiera».^[100] No se ha instalado en la torre para convertirse en un erudito o un escolástico; de los libros espera que lo estimulen y le instruyan gracias a este estímulo. Aborrece todo lo sistemático, todo lo que pretenda imponerle una opinión o saber ajeno. Le repugna todo lo que proviene de manuales. «En general elijo libros que utilizan la ciencia, no los que conducen a ella».^[101] Es un lector indolente, ocasional, ¡pero qué refinado! Uno está dispuesto a suscribir al cien por cien las opiniones del lector Montaigne. En general tiene dos predilecciones. Por un lado, ama la poesía pura, aunque no tiene talento para ella, y admite que sus incursiones en el verso latino no eran sino imitaciones del último autor leído;^[102] admira en ellos el arte de la lengua, pero, por otro, le fascina también la simple poesía popular. Sólo lo que se encuentra a mitad de camino, lo que es literatura y no poesía pura, lo deja indiferente.^[103]

Si por un lado le gusta la fabulación, por otro le atraen también los hechos. Por esta razón «la historia es una pelota directa a mi raqueta».^[104] Y aquí, al igual que nosotros, se complace en los extremos: «Me gustan los historiadores que, o bien son muy simples, o bien muy competentes».^[105] Le gustan los cronistas como Froissart, que se limitan a aportar «la materia prima desnuda de la historia», y por otro lado «los historiadores capacitados y excelentes», que, con talento realmente psicológico, saben diferenciar en esta materia prima lo verdadero de lo falso, «un privilegio que pertenece a muy pocos».^[106] Por eso, «aquellos que escriben biografías me proporcionan el alimento idóneo, pues valoran más los motivos que los acontecimientos, les interesa más lo que sale del interior que lo que sucede fuera. He aquí por qué, antes que cualquier otro, Plutarco es mi hombre».^[107] Los otros, los de en medio, que no son artistas ni ingenuos, «lo estropean todo. Quieren darnos la comida masticada y se arrogan el derecho de juzgar y tergiversar la historia según sus propios prejuicios».^[108] Le gustan las imágenes y los símbolos en la poesía, el mundo de los hechos en la prosa, todo lo que lleva al factor humano y ayuda a comprenderlo; ergo, la historia. La más simple anécdota es para él más importante que todo un sistema del mundo. Arte supremo o ausencia total de arte. El poeta o el simple cronista. *Le reste est littérature* [el resto es literatura], como dice Verlaine, simple profesión. Y Montaigne aborrece toda profesión.

La gran ventaja que Montaigne alaba en los libros es que la lectura «con su diversidad de temas... agudiza sobre todo mi facultad de pensar, incita a mi juicio a trabajar con la memoria».^[109] Lo incita a responder, a expresar su propia opinión, y así Montaigne se acostumbra a anotar los libros, a subrayarlos, y al terminar cada libro apunta la fecha y la impresión que le ha producido en aquel momento.^[110] Todavía no es crítica, todavía no es el arte del escritor; es sólo un diálogo con el lápiz en la mano, y al principio nada más lejos de él que escribir algo relacionado con lo leído. Pero poco a poco la soledad de la habitación empieza a influir en él, las muchas voces mudas de los libros exigen cada vez más respuestas y, para controlar sus pensamientos, trata de fijar algunos por escrito. «Cuando recientemente me retiré a casa, estaba decidido a no inmiscuirme, dentro de lo posible, en asunto alguno, y a pasar en paz e intimidad el poco tiempo que me quedaba de vida. Me parecía que la mejor manera de satisfacer mi espíritu era dejarlo en completa ociosidad para explayarse y entretenerse con sus propios pensamientos. Y esperaba que con el paso del tiempo, habiéndose vuelto mi espíritu más maduro y estable, podría hacerlo con más facilidad. Pero ocurrió lo contrario. Como un caballo desbocado, se dio cien veces más rienda suelta. En mí surgió toda una horda de quimeras y formas fantásticas, una tras otra, sin orden ni concierto. Y para contemplar con más frialdad su extravagancia y absurdidad, comencé a ponerlas por escrito, esperando que con el tiempo mi espíritu se avergonzaría de sí mismo. Un alma que no se fija una meta, se pierde. Quien quiere estar en todas partes no está en ninguna. Ningún viento ayuda al hombre que no va a puerto alguno».^[111] Ha hablado con alguien, ha leído algo. Los pensamientos pasan por su cabeza, los anota no por obligación, pues nada más lejos del señor del castillo de Montaigne que mandar imprimir estos pequeños ensayos, *essais*. «Cuando esparzo aquí y allá mis pensamientos —muestras que corto del paño y luego junto sin un patrón ni un propósito—, no estoy obligado a responder de ellos ni atenerme a ellos. Puedo abandonarlos cuando me plazca y volver a mis dudas e incertidumbres, y a mi forma dominante, la ignorancia».^[112] No se siente obligado a la expresión exacta del erudito, ni a la originalidad del escritor, ni a ser sublime como un poeta en su dicción. No tiene en absoluto la presunción de los filósofos profesionales de haber concebido estos pensamientos antes que nadie, y por consiguiente tampoco tiene el menor escrúpulo en añadir aquí y allá una frase que acaba de leer en Cicerón o en Séneca. «A menudo hago decir a los demás por mí lo que yo no sé decir tan bien. No cuento los préstamos, los peso».^[113]

Omite el nombre de los autores a propósito. Lo admite de buen grado: «Con tantas cosas que tomar prestadas, me siento feliz si puedo robar algo, modificarlo y disfrazarlo para un nuevo fin».^[114] Él es sólo un *refléchisseur* [meditador], no un

escritor, y no toma tan en serio lo que garabatea. «No estoy obligado a rendir cuentas a otros sobre lo que escribo, cuando ni siquiera estoy obligado ante mí por ello, ni tan sólo satisfecho. Quien busca información debe pescarla en las aguas en las que flota».^[115] En su anhelo de libertad, Montaigne repite una y otra vez que él no es un filósofo ni un artista consumado. «Ni mis historias ni mis citas pretenden servir siempre de ejemplo, de autoridad o de adorno».^[116] Repite sin cesar que sus escritos «lejos de gustarme cuando los reviso, me desagradan».^[117] Dice que si hubiera una ley contra «chupatintas inútiles e impertinentes», tal como la hay contra vagos y maleantes, él y otros cien más serían expulsados del reino.^[118] «Lo soy todo menos un escritor de libros. Mi tarea consiste en dar forma a mi vida. Es mi único oficio, mi única vocación».^[119]

Alguien que no es escritor, un señor distinguido que no sabe qué hacer con su tiempo y que, por esta razón, apunta de vez en cuando algunas reflexiones de cualquier manera y sin ninguna obligación: Montaigne no se cansa de describirse así. Y este retrato es válido para los primeros años, para los primeros *Essais* en su forma primitiva. Pero entonces hay que preguntarse por qué el señor de Montaigne decide imprimir estos ensayos en dos volúmenes en Burdeos. Se dibuja a él mismo como quisiera verse. Es una pequeña vanidad esto de hacer hincapié constantemente en lo mal que escribe, en su negligencia de no saber gramática, en que no tiene memoria y es completamente incapaz de expresar lo que quiere decir. Pero, sin saberlo, Montaigne se ha convertido en escritor. La publicación lo ha convertido en uno de ellos. Y por eso proyecta su sombra en los *Ensayos* posteriores. Todo público es un espejo; todo hombre presenta otro rostro cuando se siente observado. Apenas han aparecido los dos primeros volúmenes, Montaigne empieza *de facto* a escribir para los demás. Comienza a rehacer los *Essais*. El ejemplar de Burdeos muestra cómo, hasta su muerte, pule cada expresión e incluso cambia la puntuación. Las ediciones posteriores contienen innumerables añadidos. Están repletas de citas. Cree que debe demostrar que ha leído mucho y cada vez se coloca más en el centro. Si antes sólo se había puesto a prueba para conocerse, ahora quiere mostrar al mundo cómo es y pinta un retrato de sí mismo que, salvo en algunos detalles, es magníficamente fiel. En general, la primera versión de los *Essais*, la que menos dice de su persona, es en realidad la que más dice. Es el Montaigne auténtico, el Montaigne de la torre, el hombre que se busca a sí mismo. En ella hay más libertad, más sinceridad. Ni el más sabio escapa a la tentación. Primero quiere conocerse; después, mostrarse como es.

VI

BUSCARSE

Montaigne no se cansa de lamentarse de su mala memoria.^[120] Junto a una cierta pereza, ve en ella el verdadero defecto de su ser. Su entendimiento y su capacidad de percepción son extraordinarios. Lo que ve, lo que comprende, lo que observa y reconoce, lo capta con el ojo rápido del halcón. Pero luego es demasiado holgazán, como se reprocha constantemente, para ordenar sistemáticamente estos conocimientos, desarrollarlos con lógica, y, apenas ha concebido un pensamiento, lo pierde y lo olvida. Olvida los libros que ha leído, no tiene memoria para las fechas, no recuerda los acontecimientos esenciales de su vida. Todo pasa por delante de él como un río y nada se le queda, ni una convicción profunda, ni una opinión sólida, nada fijo, nada estable.

Esta debilidad de la que Montaigne tanto se lamenta es en realidad su fortaleza. Esta actitud de no quedarse con nada lo impulsa siempre a ir más lejos. Para él nada está acabado. No se instala en sus experiencias, no reúne un capital del que vivir, sino que su espíritu debe ganárselo continuamente. De modo que su vida es un constante proceso de renovación: «Estamos siempre recomenzando a vivir».^[121] Las verdades que descubre ya no lo son al año siguiente ni, a menudo, al instante siguiente. Tiene que buscar de nuevo. Y así surgen muchas contradicciones.^[122] Tan pronto parece un epicúreo como un estoico o un escéptico. Él lo es todo y no es nada. Siempre es otro y siempre el mismo.

Para Montaigne el placer está en la búsqueda, no en el hallazgo.^[123] No es uno de esos filósofos que buscan la piedra filosofal, la panacea universal. No quiere dogmas ni preceptos y siente un miedo permanente a las afirmaciones categóricas: «No afirmar nada temerariamente, no negar nada a la ligera».^[124] No tiene un objetivo concreto. Todo camino es, para su *pensée vagabonde* [pensamiento vagabundo], el bueno.^[125] No es, pues, un filósofo, a no ser en el sentido de Sócrates, al que prefiere porque no ha dejado nada, ni dogma ni doctrina ni ley ni sistema, nada excepto una figura: el hombre que se busca en todo y lo busca todo en sí mismo.^[126]

Tal vez debamos lo mejor de Montaigne a su incansable afán de búsqueda, a su placentera curiosidad, a su mala memoria. Y también a ellas debemos el escritor. Montaigne sabe que se olvida de las ideas que lee en los libros e incluso de las que éstos le inspiran. Para retener sus *songes* [sueños], sus *rêveries* [desvaríos], que, si no, son engullidos de inmediato por otros, sólo tiene un medio: fijarlos al margen de

un libro o en su última página. Luego, poco a poco, los copia en hojas sueltas al azar, componiendo una «marquetería mal unida»,^[127] como él la llama. Al principio son notas, señales de referencia y poco más; poco a poco trata de establecer una relación entre ellas. Lo intenta con el presentimiento de que no lo conseguirá; normalmente escribe de un tirón, razón por la cual sus frases guardan ese matiz de espontaneidad.

Pero está siempre convencido de que no son las que deberían ser. Escribir y anotar no son para él más que un subproducto, un sedimento: con un poco de malicia se podría decir que son como la arena de su aflicción, como la perla de la ostra. El producto principal es la vida, de la cual lo demás son sólo astillas y despojos: «Mi oficio y mi arte es vivir».^[128] Son lo que la fotografía para la obra de arte, nada más. El escritor que hay en él es sólo una sombra del hombre, mientras que de ordinario nos maravillamos mil veces al ver en otros lo grande que es su arte de escribir y lo pequeño que es su arte de vivir.^[129]

Porque cada uno de sus *Essais* es producto del azar, de un humor, un libro, una conversación o una anécdota; al principio parecen simplemente yuxtapuestos, y es así como el propio Montaigne los concibe. Jamás ha intentado ordenarlos, reunirlos, ni siquiera corregirlos o enmendarlos.^[130] Pero poco a poco descubre que, sin embargo, tienen algo en común, un centro, una relación, una dirección. Tienen un punto del cual parten o al cual convergen, y siempre el mismo: el yo. Al principio parece que persiga mariposas o la sombra en una pared; después va viendo cada vez más claro que busca algo concreto, que va en pos de un fin determinado, él mismo, que reflexiona sobre la propia vida en todas sus formas para vivir bien, aunque esto sólo para él mismo. Lo que antes le parecía un humor ocioso, ahora revela poco a poco su significado. Cualquier cosa que describa, en realidad la describe sólo como reacción de su yo a esto o aquello. Los *Essais* tienen un objeto único, y es el mismo que el de su vida: el *moi* [yo] o, mejor, *mon essence* [mi esencia].^[131]

Apenas ha descubierto esto, la actividad antes casi juguetona empieza a tomar un rumbo nuevo, a convertirse en un *amusement* [una ocupación]. ¿Quién soy?, se pregunta. Trata de situarse fuera, de verse *comme un autre* [como otro].^[132] Se espía, se observa, se critica, «se estudia», se convierte, como él dice, en «mi metafísica y mi física».^[133] No se pierde nunca de vista a sí mismo, y dice que desde hace años no ha hecho nada sin control: «En mí apenas hay movimiento que se oculte y escape a mi razón».^[134] Ya no está solo, se convierte en dos. Y descubre que este *amusement* no tiene fin, que su yo no es rígido, que se transforma, que se mueve a oleadas, «ondulante»,^[135] que el Montaigne de hoy no se parece al de ayer, y también que el hombre sólo puede desarrollarse por fases, por estados y en detalles.

Pero todo detalle es importante; precisamente un pequeño y fugitivo gesto enseña más que una actitud rígida. Se analiza al ralentí, descompone lo que parece un movimiento, una unidad, en una suma de movimientos, de cambios. Así, nunca

termina el análisis, se queda en una búsqueda eterna. Pero, para comprenderse, no basta con observarse. No se ve el mundo, si sólo se mira la propia niebla. Por eso lee historia, por eso estudia filosofía, y no para que estas disciplinas lo instruyan y lo convenzan, sino para ver cómo han actuado otros hombres y comparar su yo con otros yoes.^[136]

Estudia «las ricas almas del pasado»^[137] para compararse con ellas; estudia las virtudes, los vicios, los errores y los méritos, la sabiduría y la puerilidad de los otros. La historia es su gran manual, porque, como él dice, es en los actos donde se revela el hombre.^[138]

Así, en realidad, no es sólo el yo lo que busca Montaigne, sino también lo humano. Percibe claramente que en cada hombre hay algo que es común a todos y algo que es único: la personalidad, una *essence*, una mezcla que es incomparable con todas las demás y se forma a los veinte años.^[139] Y, al lado, el elemento humano común, lo que hace que todos se parezcan, todos estos seres frágiles, limitados, débiles, sometidos a las grandes leyes, encerrados en el lapso que va del nacimiento a la muerte. Busca, pues, dos cosas diferentes. Busca el yo, lo único, lo especial, el yo Montaigne, que él no considera particularmente extraordinario ni interesante, pero que, sin embargo, es único e incomparable y que, de manera inconsciente, quiere conservar para el mundo. Busca el yo que hay en nosotros con sus propias manifestaciones y, luego, el otro, el que nos es común a todos. Así como Goethe busca la planta original, Montaigne busca al hombre original, al hombre total, la forma pura en la que todavía nada está fijado, nada está sujeto a constreñimiento, la forma no desfigurada por los prejuicios y los privilegios, por las costumbres y las leyes, la forma abstracta, no marcada. No por casualidad le fascinan aquellos brasileños que encuentra en Rouen y que no reconocen ni Dios ni jefe, ni religión ni costumbres ni moral.^[140] En ellos ve al hombre no alterado, no corrompido, la hoja de papel en blanco por un lado y, por el otro, el testimonio escrito con que cada hombre se inmortaliza. Lo que dice Goethe sobre la personalidad en *Urworten* [Palabras primitivas] se puede aplicar a la suya:

El día en que fuiste dado al mundo
los planetas formaron para saludar al sol,
en seguida creciste sin parar
según la ley que presidió tu aparición.
Así, no puedes ser otro, no puedes escapar a ti mismo,
y es lo que ya dijeron sibilas y profetas;
y ni el tiempo ni cualquier otra fuerza romperán
la forma determinada que se desarrolla viviendo.

A esta búsqueda de Montaigne de sí mismo, de su *essence*, a este situarse siempre de nuevo al principio, en el centro y al final de toda observación, se le ha llamado

egoísmo, y sobre todo Pascal lo considera orgullo, autocomplacencia, incluso pecado, su defecto original, según se expresa en aquella famosa conversación [...].^[141] Pero el *n'épouser rien que soi* [no casarse sino consigo mismo]^[142] de Montaigne no significa apartarse del otro. Nada más lejos de él que la autocomplacencia y la autofascinación. No es un misántropo ni un anacoreta; su búsqueda no es para exhibirse ni para hacer alarde ante los demás, sino ante sí mismo. Cuando dice: «Me comparto sin cesar porque me describo sin cesar»,^[143] quiere decir que actúa por propia voluntad, de acuerdo con su manera de ser. Y cuando comete un error, lo admite con toda franqueza: «Aunque fuese cierto que hablar al pueblo sobre uno mismo es necesariamente presunción, no debo rehusar una acción que hace público este rasgo enfermizo, dado que está en mí. Y no debo ocultar una falta que no sólo practico, sino profeso».^[144] Necesita verse a sí mismo para «gozar de su ser y gozar lealmente».^[145] Es su función, su talento y también su alegría mil veces más que su orgullo. La mirada que se dirige a sí mismo no lo ha aislado, no lo ha hecho extraño al mundo. No es Diógenes, que se esconde en su tonel, no es Jean-Jacques Rousseau, que se entierra en una monomanía persecutoria. Nada lo amarga, nada lo separa ni aleja del mundo que ama: «Amo la vida y la cultivo tal como Dios ha tenido a bien otorgárnosla».^[146] El hecho de haber cultivado su yo no lo ha alejado del mundo, no lo ha convertido en un solitario, sino que le ha aportado miles de amigos. Quien describe su propia vida vive para todos los hombres; quien habla de su época, vive para todas las épocas.

Es verdad que Montaigne no ha hecho otra cosa a lo largo de su vida que preguntarse: ¿cómo vivo? Pero lo maravilloso y reconfortante es que nunca intentó convertir esta pregunta en un imperativo, el «¿cómo vivo?» en un «¡así debes vivir!». El hombre que hizo grabar en su medalla el lema *Que sais-je?* nada odiaba tanto como las afirmaciones categóricas, jamás trató de aconsejar a los demás lo que no sabía con exactitud él mismo: «Esto no es mi doctrina, sino mi estudio; y no es la lección de otros, es la mía».^[147] No ve inconveniente en que otro saque provecho de ello. Si lo que él dice es una locura, un error, nadie debe sufrir perjuicio por ello: «Y si cometo una locura, es a mis expensas y sin daño para nadie. Es, en efecto, una locura que muere en mí, que no deja consecuencias».^[148]

Jamás ha tratado de convertir sus pensamientos en píldoras que ayuden a los demás. Lo que ha buscado lo ha buscado para sí mismo. Lo que ha encontrado es válido para cualquier otro en la medida exacta que quiera o pueda tomar. Lo que ha sido pensado en libertad nunca puede limitar la libertad de otro.

«Nada en mí es extraordinario o extraño». La común sustancia humana en sí.^[149] Entre las muchas cosas de que Montaigne ha dudado está también la posibilidad de transmisión de los saberes y las verdades. No cree en los libros ni en las doctrinas, sólo en la parte de ellos que ha sido vivida.^[150] Se da cuenta de que ni Cristo ni Platón, ni Séneca ni Cicerón han ayudado al mundo y de que en su época son posibles las mismas bestialidades que bajo

el cetro de los reyes romanos. No se puede aleccionar a los hombres, sólo guiarlos para que se busquen a sí mismos, para que se vean con sus propios ojos. Ni gafas ni píldoras.

VII

LA DEFENSA DE LA CIUDADELA

En toda la obra de Montaigne he encontrado una única fórmula, una única afirmación categórica, siempre repetida: «La cosa más importante del mundo es saber ser uno mismo».^[151] Ni una posición en el mundo, ni los privilegios de la sangre o del talento hacen la nobleza del hombre, sino el grado en que consigue preservar su personalidad y vivir su propia vida. Por eso, el arte más elevado entre todos es el de la conservación de uno mismo: «Entre las artes liberales, empecemos por el arte que nos hace libres»,^[152] y nadie lo ha ejercitado mejor que él. Por un lado parece una aspiración muy modesta, pues a primera vista nada sería más natural que el hombre se sintiera inclinado a «conducir él mismo su vida siguiendo su disposición natural».^[153] Pero, bien mirado, ¿hay algo más difícil en realidad? Para ser libre hay que carecer de deudas y lazos y, sin embargo, estamos atados al Estado, a la comunidad, a la familia; nuestros pensamientos están sometidos a la lengua que hablamos. El hombre aislado, completamente libre, es un fantasma. Es imposible vivir en el vacío. Consciente o inconscientemente, somos por educación esclavos de las costumbres, de la religión, de las ideologías; respiramos el aire de la época.

Es imposible librarse de todo ello. Lo sabe muy bien Montaigne, un hombre que durante toda su vida cumplió con sus deberes para con el Estado, la familia y la sociedad, que permaneció fiel, al menos exteriormente, a la religión y observó los buenos modales. Lo único que quiere Montaigne para sí es encontrar la frontera. No debemos darnos, sólo debemos prestarnos. Hay que «reservar para uno mismo la libertad del alma y no hipotecarla salvo en contadas ocasiones, cuando lo creemos oportuno».^[154] No hay necesidad de alejarnos del mundo, de recluirnos en una celda. Pero debemos hacer una distinción: «Podemos amar esto o lo otro, pero no podemos casarnos sino con nosotros mismos».^[155] Montaigne no rechaza todo lo que debemos a las pasiones o a la codicia. Al contrario, nos aconseja disfrutar todo lo posible, pues es un hombre de acá, que no conoce limitaciones: al que le gusta la política, debe dedicarse a la política; el que ama los libros, debe leer; el que ama la caza, debe cazar; quien ama la casa, las tierras y los bienes, el dinero y las cosas, debe consagrarse a ellos. Pero para él lo más importante es que uno debe tomar tanto como le apetezca, pero no dejarse tomar por las cosas: «En la casa, en el estudio, en la caza y en cualquier otro ejercicio, hemos de entregarnos hasta los últimos límites del placer, y evitar comprometernos más allá, donde el dolor empieza a intervenir».^[156]

No hay que dejarse llevar por el sentimiento del deber, por la pasión o por la ambición más allá de donde uno quería y quiere ir, hay que comprobar sin descanso el valor de las cosas, no sobrevalorarlas, y acabar cuando acaba el placer. No convertirse en esclavo, ser libre.

Pero Montaigne no prescribe reglas. Sólo pone un ejemplo, el suyo, de cómo trata de liberarse siempre de todo lo que lo refrena, lo molesta o lo limita. Se puede intentar escribir una lista:

Liberarse de la vanidad y del orgullo, que es tal vez lo más difícil,
liberarse del miedo y de la esperanza,
de las convicciones y los partidos,
de las ambiciones y toda forma de codicia,
vivir libre, como la propia imagen reflejada en el espejo,
del dinero y de toda clase de afán y de concupiscencia,
de la familia y del entorno,
de fanatismos, de toda forma de opinión estereotipada, de la fe en los valores absolutos.^[157]

Aquí se ha querido ver una negación absoluta de la vida, a un hombre que se despega de todo, que vive en el vacío, que duda de todo. Así lo ha descrito Pascal: como *l'homme que se dénoue partout*, el hombre que se desprende de todo y no se ata a nada.^[158] Nada más falso. Montaigne ama la vida con desmesura. El único miedo que siente es el miedo a la muerte. Y ama todo en la vida tal como es: «No hay nada inútil en la naturaleza, ni siquiera la inutilidad. Nada existe en el universo que no tenga su lugar oportuno».^[159] Ama la fealdad porque hace visible la belleza; ama el vicio porque hace resaltar la virtud; ama la estupidez y el crimen. Todo es bueno,^[160] y Dios bendice la diversidad. Le parece importante lo que dice el hombre más simple y, si se tienen los ojos abiertos, se puede aprender más de los más necios y de los analfabetos que de los eruditos.^[161]

El único error, el único crimen es querer encerrar la diversidad del mundo en doctrinas y sistemas, apartar a otros hombres de su libre albedrío, de lo que realmente quieren, y obligarles a querer algo que no está en ellos. Así actúan los que no respetan la libertad, y Montaigne nada aborreció tanto como el *frénésie* [frenesí] de los dictadores del espíritu que, con arrogancia y vanidad, querían imponer al mundo sus *nouveautés* [novedades] y para quienes la sangre de cientos de miles de hombres nada importaba, con tal de salir victoriosos.

Así, la actitud de Montaigne frente a la vida, como la de todos los librepensadores, desemboca en la tolerancia. Quien reclama para sí el derecho a la libertad de pensamiento reconoce el mismo derecho para todos, y nadie lo ha respetado más que Montaigne. No retrocede ante los caníbales, aquellos brasileños que encuentra en Rouen, porque hubieran devorado a otros hombres. Dice clara y tranquilamente que lo considera menos importante que torturar y martirizar a

personas vivas.^[162] No rechaza *a priori* ninguna creencia u opinión, y su juicio no se ve empañado por prejuicio alguno.^[163]

Es importante ver esto, porque es una prueba de que el hombre puede ser libre siempre, en cualquier época. Cuando Calvino aboga por la caza de brujas y manda quemar a un adversario a fuego lento,^[164] cuando Lutero arroja el tintero contra la pared porque cree en el diablo, cuando Torquemada manda a centenares a la hoguera, sus encomiastas señalan como justificación que ellos no habrían actuado de otra manera y que era imposible sustraerse a las opiniones de la época. Pero lo humano es invariable. Los hombres han podido vivir siempre, incluso en tiempos de fanatismos; la época de la caza de brujas, la *Chambre Ardente* y la Inquisición ni un solo instante pudo perturbar la claridad y la humanidad de un Erasmo, de un Montaigne o de un Castelio.^[165]

Quien piensa libremente, respeta toda libertad sobre la tierra.

VIII

Cuando en 1570, a los treinta y ocho años de edad, Michel de Montaigne se recluye en su torre, cree haber concluido definitivamente su vida. Como más tarde Shakespeare, ha reconocido con mirada lúcida la fragilidad de las cosas, «la petulancia de los cargos, el desvarío de la política, la humillación del servicio en la corte, el tedio del funcionario municipal»^[166] y, sobre todo, su propia ineptitud para actuar en el mundo. Se ha esforzado por ayudar, pero no lo querían, se ha esforzado —aunque no con especial insistencia y siempre con el orgullo del hombre que se respeta a sí mismo— en aconsejar a los poderosos, en apaciguar a los fanáticos, pero nadie se ha preocupado por él. De año en año, los tiempos se van volviendo cada vez más agitados, el país se subleva, la noche de San Bartolomé provoca un nuevo derramamiento de sangre. La guerra civil llega hasta su casa, hasta su puerta. Y toma la decisión de no volver a intervenir jamás, de no dejarse afectar por nada. No quiere volver a ver el mundo, sólo quiere reflejarse en su estudio como en una cámara oscura. Ha abdicado, ha dimitido. Que los demás se afanen por conseguir cargos, influencia y fama; él velará sólo por él mismo. Se ha atrincherado en su torre, ha colocado el muro de sus mil libros entre él y el tumulto. Todavía sale a veces de su bastión: como caballero de la orden de San Miguel acude a los funerales de Carlos IX; a veces, cuando se lo piden, actúa de mediador político, pero está decidido a no comprometer nunca más su alma, a sobreponerse a la actualidad, a ver las batallas de los duques de Guisa y Coligny como la de Platea.^[167] Se crea una lejanía artificial, decidido a no volver a compadecerse jamás, a no participar: su mundo es el yo. Anotar algunos recuerdos, compilar unos cuantos pensamientos, soñar más que vivir, esperar la muerte pacientemente y prepararse para ella.

Se dice a sí mismo lo que todos nos decimos en parecidas épocas de desvarío: no te preocupes por el mundo. Tú no lo puedes cambiar ni mejorar. Ocupate de ti mismo, salva en ti lo que haya que salvar. Mientras los otros destruyen, tú construye, trata de ser sensato contigo mismo en medio de la locura. Enciérrate. Construye tu propio mundo.

Pero, entretanto ha llegado el año 1580. Durante diez años Montaigne ha permanecido en su torre, aislado del mundo, creyendo que así terminaría su vida. Pero ahora reconoce su error o, mejor dicho, sus errores. Es un hombre siempre dispuesto a admitir un error cuando lo ha cometido. El primero fue creerse viejo a los treinta y ocho años, prepararse para la muerte demasiado pronto y así, en realidad, enterrarse vivo. Ahora ha llegado a los cuarenta y ocho, y constata con sorpresa que sus sentidos no se han enturbiado, más bien al contrario, se han vuelto más finos, su pensamiento más claro, su alma más serena, curiosa e impaciente. No se puede

renunciar tan pronto, cerrar el libro de la vida como si ya se hubiera llegado a la última página. Era bonito leer libros, pasar una hora con Platón en Grecia y otra escuchando la sabiduría de Séneca; era un descanso y un sosiego vivir con aquellos compañeros de otros siglos, con los mejores del mundo. Pero uno vive en su propio siglo, aunque no quiera: «podemos lamentar no vivir en tiempos mejores, pero no podemos huir del presente»,^[168] y la atmósfera de la época penetra también en los espacios cerrados, sobre todo si es una atmósfera agitada, sofocante, febril y tormentosa. Todos lo experimentamos: ni siquiera encerrada, el alma puede descansar cuando el país se agita. A través de los muros y las ventanas sentimos las vibraciones de la época; nos podemos permitir una pausa, pero no podemos eludirlas del todo.

Y, después, otro error que Montaigne reconocería más tarde: ha buscado la libertad abandonando el gran mundo de la política, el cargo y los negocios y recluyéndose en el pequeño mundo de su casa y de su familia, y pronto se da cuenta de que no ha hecho sino cambiar una dependencia por otra.^[169] De nada le ha servido arraigarse en su propio terreno, pues aquí las hiedras y las malas hierbas trepan por el tronco y los pequeños ratones de las preocupaciones roen las raíces. De nada le ha servido la torre que se ha construido y en la que nadie puede entrar. Cuando mira por la ventana, ve que la escarcha cubre los campos y piensa en el vino que se ha echado a perder. Cuando abre los libros, oye bajo la ventana voces pendencieras, y cuando sale de la habitación, sabe que oírás las quejas contra los vecinos y se encontrará con los problemas de la administración. No es la soledad del anacoreta, puesto que es propietario y la propiedad es sólo para quien puede disfrutar de ella. Montaigne no se siente apegado a ella: «Amasar dinero es un trabajo complicado del que no entiendo nada».^[170] Pero la propiedad está apegada a él, no lo deja libre. Montaigne ve claramente su situación. Sabe que, desde una perspectiva superior, todas estas molestias son pequeños problemas. Personalmente, de buena gana se las quitaría de encima: «Me resulta fácil abandonarlo todo».^[171] Pero mientras se ocupe de ello, no será libre: «Atender a estas cosas sin fatiga es difícil».^[172] De por sí, Montaigne no es un Diógenes. Ama su casa, ama su riqueza, su título de nobleza, y confiesa que, para tranquilidad suya, siempre lleva consigo una cajita con oro.^[173] Goza de su posición de gran señor: «Admito que es un placer ser dueño de algo, aunque sólo sea de un granero, y ser obedecido bajo tu propio techo. Pero es un placer aburrido y echado a perder por toda una serie de molestias».^[174] Uno acaba de leer a Platón y tiene que batallar con los criados, pleitear con los vecinos; cualquier pequeña reparación se convierte en un problema. La sabiduría aconsejaría no preocuparse por estas bagatelas. Pero —todos lo hemos experimentado—, cuando uno es propietario, está atado a la propiedad, o la propiedad se agarra a uno con mil pequeños ganchos, y una sola cosa le puede ayudar: la distancia, que todo lo transforma. Sólo la distancia exterior hace posible la interior: «Tan pronto como salgo de casa, me despojo de

todos estos pensamientos. Y si entonces en casa se derrumbara una torre, lo sentiría menos que si ahora cayera una tabla del techo».^[175] Quien se limita a un lugar pequeño, cae en la estrechez. Todo es relativo. Montaigne repite sin cesar que lo que llamamos preocupación no tiene un peso específico, sino que nosotros lo aumentamos o disminuimos. Las cosas no tienen peso propio, sino el que nosotros les damos. Lo cercano nos afecta más que lo lejano, y cuanto más pequeñas son las proporciones en que nos encontramos, más nos oprime la estrechez.^[176]

Todas estas razones, que, en su cuarenta y ocho aniversario, después de un tiempo de reclusión, despiertan de nuevo en él un *humeur vagabonde* [humor vagabundo], todos los motivos para regresar al mundo renunciando a todas sus costumbres, a todas las reglas y certidumbres, Montaigne los expresa con su cordial y humana franqueza, y, como siempre, dice claramente lo que todos sentimos. Hay que buscar entre líneas para encontrar otra explicación, no menos importante, de su huida de la soledad. Montaigne ha buscado siempre y por doquier la libertad y el cambio, pero la familia es también una limitación y el matrimonio una monotonía, y se tiene además la impresión de que él nunca fue plenamente feliz en su vida familiar.^[177]

«El matrimonio tiene a su favor la utilidad, la justicia, el honor y la constancia: un placer aburrido, pero uniforme».^[178] Y Montaigne es el hombre del cambio, nunca le han gustado las *dull emotions*, [emociones aburridas] ni las uniformes.

El matrimonio, piensa Montaigne, tiene a su favor la utilidad, los lazos legales, el honor y la estabilidad: «placeres» todos ellos «aburridos y uniformes». Y él es el hombre del cambio, nunca le han gustado los placeres aburridos y uniformes.^[179]

Ha repetido con innumerables variantes que su matrimonio no fue por amor, sino que fue una unión racional; más bien condena los matrimonios por amor y considera justos sólo los compromisos fundados en la razón; añade que él simplemente se sometió a una *habitude* [hábito].^[180] Durante siglos se le ha reprochado que, en su inquebrantable rectitud, concediera a las mujeres más que a los hombres el derecho, por mor de la variación, de tener un amante, y por este motivo algunos biógrafos han puesto en duda la paternidad de sus últimos hijos.

Puede que todo ello no sean sino consideraciones teóricas. Pero, después de unos cuantos años de matrimonio, resulta extraño oírle decir: «En nuestro siglo las mujeres acostumbran a reservar sus sentimientos y su buena disposición hacia sus maridos para cuando ellos mueren. Demuestran su amor sólo cuando están muertos. Nuestra vida está llena de rencillas, y nuestra muerte, de amor y cortesía»;^[181] e incluso añade estas palabras asesinas: «Hay pocas cuya salud no mejore en la viudez, y la salud es una cualidad que no puede mentir».^[182] Sócrates no habría podido hablar de modo menos agradable del matrimonio después de sus experiencias con su mujer Jantipa. «Así, pues, no prestes atención a estos ojos llorosos»;^[183] y se podría creer que habla

a su mujer cuando lo oímos despedirse: «Una mujer no debería fijar sus ojos tan ávidamente en la parte delantera de su marido que no pueda soportar verlo volverse de espaldas, sí él lo necesita».^[184]

Cuando habla de un buen matrimonio, añade en seguida esta reserva: «si hay alguno».^[185]

Se ve que los diez años de soledad han sido buenos, pero bastan y sobran. Montaigne tiene la sensación de que lo han aletargado, empequeñecido y encogido, y él más que nadie ha luchado durante toda la vida contra la inmovilidad. Con el instinto que siempre dicta al hombre creador cuándo ha llegado el momento de cambiar de vida, reconoce que este momento ha llegado: «El mejor momento para marchar de casa es cuando la has puesto en situación de poder subsistir muy bien sin ti.»^[186] Ha puesto su casa en orden, sus campos y sus bienes están en perfecto estado, la caja está bien llena, de modo que puede permitirse las *dépenses* [los gastos] de un largo viaje, al que teme sólo porque, como él dice, no deberían tener que pagarse los placeres de una larga ausencia con la preocupación por el retorno.^[187] Su obra espiritual también está en orden. Ha llevado a la imprenta el manuscrito de los *Essais* y los dos volúmenes, cristalización de su vida, salen impresos; quedan tras él como la piel de la serpiente tras la muda, por emplear la expresión favorita de Goethe. Ha terminado un ciclo. Ha llegado el momento de empezar de nuevo. Ha expirado y ahora tendrá que volver a inspirar. Había echado raíces y ahora tendrá que desarraigarse. Empieza un nuevo período. El 22 de junio de 1580, después de un retiro voluntario de una década—Montaigne nunca ha hecho otra cosa que ejercer su libre voluntad—, a los cuarenta y ocho años, emprende un viaje que lo alejará durante dos años de su mujer y de la torre, de la patria y del trabajo, de todo menos de él mismo.

Es un viaje al azar, un viaje por amor al viaje o, mejor dicho, por amor al placer de viajar. Hasta este momento sus viajes han sido siempre, en cierta medida, prescritos por el deber, por encargo del Parlamento, relacionados con la corte o sus negocios, y más bien desplazamientos cortos. Esta vez se trata de un viaje en toda regla, sin otro objetivo que la eterna búsqueda de sí mismo. No tiene proyectos, no sabe qué verá; al contrario, no quiere saberlo de antemano y, si le preguntan por el motivo de su viaje, responde alegremente: «No sé lo que voy a buscar en el extranjero, pero sé muy bien de lo que huyo en casa».^[188] Su vida ha sido la misma durante bastante tiempo; ahora él quiere otra cosa, ¡y cuanto más diferente sea, mejor! Que sean felices en su fútil estrechez aquellos que están satisfechos en sus casas. «No envidio su sabiduría, sino su buena suerte».^[189] Tal vez califiquen su amor de *témoignage d'inquiétude* y de *irrésolution* [prueba de inquietud y de irresolución]: él les da la razón con una sonrisa. «No veo nada ni siquiera en sueños, ni con el deseo, donde pueda detenerme.

Sólo me satisface la variedad».^[190] Nada de este viaje lo atrae tanto como el hecho de que todo será diferente, la lengua y el cielo, las costumbres y la gente, la atmósfera y la cocina, las calles y la cama. Pues para él ver es aprender, comparar, comprender mejor: «No conozco mejor escuela vital que exponerse a otras maneras de vivir y darse a probar la infinita variedad de la naturaleza humana».^[191]

Montaigne viaja para liberarse y, durante todo el viaje, da ejemplo de libertad. Viaja, por decirlo así, siempre en línea recta.^[192] Viajando evita todo lo que se parezca a una obligación, incluso una obligación hacia sí mismo. No hace planes. El camino lo llevará allá donde lo lleve, el humor lo conducirá allá donde lo conduzca. Quiere dejarse viajar, si se puede decir así, en vez de viajar. El señor Michel de Montaigne no quiere saber en Burdeos dónde querrá estar el señor Michel de Montaigne en las semanas siguientes, cuando esté en París o en Augsburgo. Será otro Montaigne, el de Augsburgo o París, quien lo decidirá libremente. Quiere permanecer libre frente a sí mismo.

«Yo, que no tengo otro objetivo que vivir y regocijarme».^[193]

Sólo quiere moverse. «La vida significa movimiento físico y material».^[194] Si cree haberse perdido algo, da media vuelta. Verse libre de obligaciones se convierte poco a poco para él en una pasión. Incluso el hecho de saber adonde conduce el camino llega a producirle a veces una ligera congoja: «Me causaba tanto placer viajar, que odiaba la mera aproximación al lugar donde había planeado quedarme y fraguaba diferentes planes para viajar solo, a mi antojo y a mi entera comodidad».^[195] No busca curiosidades, porque para él todo lo que es diferente es curioso. Al contrario, cuando un lugar es muy famoso, preferirá evitarlo, porque ya lo ha visto y descrito demasiada gente. Roma, destino de todos los viajeros, le resulta casi desagradable de antemano, precisamente porque es la meta de todo el mundo, y su secretario anota en su *Diario*: «Creo en verdad que, si hubiera estado solo con los suyos, habría ido más bien a Cracovia o hacia Grecia por tierra, antes que dar la vuelta por Italia».^[196]

Montaigne tiene siempre por principio: cuanta más variedad, mejor. Ni siquiera cuando no encuentra lo que esperaba se queda descontento. «Cuando no encuentro lo que según otros cabía esperar —pues veo que la mayoría de los informes son falsos—, no lamento el esfuerzo, porque al menos he aprendido que tal o cual cosa no era verdad».^[197] Como auténtico viajero, nada lo puede decepcionar. Como Goethe, se dice: el disgusto también forma parte de la vida. «Las costumbres de países extranjeros me producen placer sólo por su diversidad. Cada costumbre tiene su razón de ser. Me da igual que me sirvan en platos de estaño, de madera o de arcilla, que la carne esté hervida o asada, caliente o fría, con mantequilla o con aceite, que me den aceitunas o nueces».^[198] Y el viejo relativista se avergüenza de sus compatriotas, prisioneros de la ilusión de que deben criticar toda costumbre extranjera que no

coincida con las suyas tan pronto salen de su pueblo, de su elemento.^[199] En el extranjero Montaigne quiere ver lo extranjero —«no busco un gascón en Sicilia, ya tengo bastantes en casa»—^[200] y procura evitar a sus compatriotas, a quienes conoce hasta la saciedad. Quiere juzgar, no prejuizar. Entre otras muchas cosas, Montaigne nos enseña también a viajar.

Con una última inquietud —que se adivina en la respuesta que él da—, parece que en casa tratan todavía de retener al impetuoso viajero: «¿Qué será de ti si caes enfermo en el extranjero?»,^[201] le preguntan. De hecho, Montaigne sufre desde hace tres años el mal que aqueja a todos los eruditos de la época, probablemente a causa de la vida sedentaria y de una alimentación poco equilibrada. Como a Erasmo y a Calvino, lo atormentan cálculos biliares, y ha de ser una dura prueba trotar a caballo durante meses por caminos extranjeros. Pero Montaigne, que sale de viaje para reencontrar no sólo su libertad, sino también, en lo posible, su salud, se encoge de hombros con indiferencia: «Si hace mal tiempo por la derecha, me voy hacia la izquierda; si no me encuentro bien para montar a caballo, me detengo... ¿Me he dejado algo sin ver detrás de mí? Regreso; sigue siendo mi camino».^[202] Y también tiene una respuesta a la inquietud de que pueda morir en el extranjero.^[203] Como verdadero cosmopolita, le es indiferente.

El 22 de junio de 1580 Michel de Montaigne atraviesa la puerta de su castillo cabalgando hacia la libertad. Lo acompañan su cuñado, algunos amigos y un hermano de veinte años. La elección no ha sido muy feliz: estos compañeros, como contará más adelante, no son los más adecuados^[204] y, por su parte, sufrirán no poco la manera especial, caprichosa y personal de Montaigne *de visiter les pays inconnus* [visitar los países desconocidos]. No es la partida de un gran señor, pero el séquito es considerable.^[205] Lo más importante es que no parte con prejuicios, arrogancia u opiniones estereotipadas.

El camino lo lleva primero a París, la ciudad que Montaigne ama desde siempre y que jamás deja de fascinarlo.^[206]

Lo han precedido ya algunos ejemplares de su libro, pero él lleva consigo dos volúmenes para entregárselos personalmente al rey. En realidad, Enrique III no tiene mucha afición a leer; como de costumbre, está en guerra. Pero, puesto que toda la corte lee el libro y se muestra encantada con él, el rey también lo lee e invita a Montaigne a asistir al asedio de La Fère. Montaigne, al que todo interesa, revive años después la verdadera guerra al mismo tiempo que sus horrores, pues uno de sus amigos, Philibert de Gramont, muere allí de un disparo. Montaigne acompaña su cadáver a Soissons y el 5 de septiembre de 1580 empieza su notable *Journal*. En una asombrosa analogía, el padre de Goethe, el frío hombre de negocios, y el padre de

Montaigne, soldado del rey Francisco I, habían empezado a escribir y habían traído luego de Italia un diario, y Montaigne, hijo de Pierre Eyquem, sigue la tradición, como lo hará más tarde el hijo del consejero Goethe. Su secretario toma nota de todos los acontecimientos hasta Roma, donde Montaigne le concede licencia. Allí, conforme a su voluntad de adaptarse lo mejor posible al país, prosigue él mismo en un italiano bastante bárbaro, hasta el día en que cruza de nuevo la frontera francesa —«aquí se habla francés; así, abandono esta lengua extranjera»—,^[207] de modo que podemos seguir el viaje desde el principio hasta el final.

En realidad, Montaigne quiere dejar de escribir. Su secretario debe tomar notas por él. «Por más incomodidad que me suponga, es necesario que continúe [la tarea] yo mismo».^[208]

La primera visita es a los baños de Plombières, donde Montaigne busca restablecerse de su mal mediante una cura drástica de diez días. A continuación, Basilea, Schaffhausen, Constanza, Augsburgo, Munich y el Tirol, hasta llegar a Verona, Vicenza, Padua y Venecia, y desde allí, pasando por Ferrara, Bolonia y Florencia, hacia Roma, donde llega el 15 de noviembre. El diario de viaje no es una obra de arte, tanto menos cuanto sólo una pequeñísima parte fue escrita por Montaigne, y no en su lengua. No nos muestra al artista que hay en Montaigne, pero sí al hombre con todas sus virtudes e incluso con sus pequeñas debilidades; un rasgo conmovedor de su vanidad de *parvenu* [advenedizo] es el hecho de que él, nieto de pescaderos y de comerciantes judíos, obsequia a sus anfitriones con una copia de su bien pintado blasón como especial y precioso regalo de despedida.^[209] Es siempre un placer —¿quién lo conoció mejor que Montaigne?— ver a un hombre sensato en sus locuras, y a un hombre libre, que desprecia todas las apariencias, en sus vanidades.

Al principio todo va divinamente. Montaigne está de un humor excelente y la curiosidad es más fuerte que la enfermedad. El hombre de cuarenta y ocho años, que siempre hace broma sobre su *vieillesse* [vejez], aventaja a los jóvenes en resistencia. Montado en la silla muy de mañana, sin haber comido más que un mendrugo de pan, se pone en marcha; todo le parece bien: la silla de manos, el pan, el coche, la silla de montar, la marcha a pie. Los malos posaderos, más que irritarle, lo divierten. Su mayor alegría es ver a personas, personas y costumbres diferentes. Por doquier busca gente, y gente de todas las clases. De todo el mundo quiere descubrir cuál es su *gibier* (hoy diríamos *hobby*).^[210] Puesto que busca personas, no conoce diferencias sociales: come con el duque de Ferrara, charla con el Papa y también con párrocos protestantes, con zwinglianos y calvinistas. Las curiosidades que visita no son las del Baedeker. Pocas cosas dice de Rafael y Miguel Ángel y los monumentos. Pero asiste a la ejecución de un criminal, se hace invitar por una familia judía a la circuncisión de un niño, visita bibliotecas, entra en los *bagni* [baños] de Lucca, saca a bailar a campesinas y charla con todos los *lazzaroni* [mendigos].^[211] Pero no gasta suelas

corriendo tras los lugares conocidos. Para él todo lo natural es una curiosidad. Tiene sobre Goethe la gran ventaja de no conocer a Winckelmann, que impone a todos los viajeros de su época convertir su viaje a Italia en un estudio de historia del arte. Montaigne ve Suiza e Italia como expresiones de vida. Y todo lo que es vida tiene para él el mismo valor. Asiste a la misa del Papa, es recibido por él, mantiene largas conversaciones con los dignatarios eclesiásticos, los cuales le dan respetuosos consejos para la próxima edición de su libro y sólo ruegan al gran escéptico que deje a un lado la palabra *fortune* [fortuna], que utiliza demasiado a menudo, y la sustituya por «Dios» o por «la divina Providencia».^[212] Se deja agasajar y se deja nombrar con toda pompa ciudadano de Roma; incluso pide este honor, que lo llena de orgullo (es uno de esos elementos del carácter del *parvenu* en el más libre de los hombres).^[213] Pero esto no le impide confesar abiertamente que en Roma, como antes en Venecia, su interés principal reside en las cortesanas, a cuyas costumbres y singularidades concede más espacio en su *Journal* que a la Capilla Sixtina o a la catedral de Florencia. Resurge en él una especie de nueva juventud que busca su modo natural de expresión. Al parecer, deja a estas damas una buena tajada de la cajita de monedas de oro que lleva consigo, en parte por la conversación, que ellas a menudo cobran más caro que sus otros servicios, como el mismo Montaigne explica.^[214] Viajar le ha vivificado la sangre.^[215]

A pesar de los cálculos biliares (!) a caballo ante sus casas y dentro de ellas.^[216]

La enfermedad echa a perder la última etapa de su viaje. Sigue una cura, una cura realmente bárbara. Su odio a los médicos lo lleva a inventarse terapias; libre de todo, quiere ser también su propio médico. Su estado de salud es grave. Dolores de muelas y de cabeza se añaden a los otros dolores. Llega incluso un momento en que piensa en el suicidio. Y en mitad de todo ello llega una noticia de la cual cabe dudar que le causara alegría. Los ciudadanos de Burdeos lo han elegido *maire* [alcalde] de la ciudad. Es una elección sorprendente, pues once años atrás Montaigne había dimitido de su cargo de simple consejero. Es la fama reciente de su libro lo que ha motivado a los ciudadanos de Burdeos a ponerle semejante carga en las espaldas y sin su consentimiento, y tal vez es su familia la que está detrás, e intenta hacerlo regresar con este señuelo. En cualquier caso, vuelve a Roma y desde Roma regresa a su casa, al lado de su mujer, y el 3 o de noviembre de 1581, tras una ausencia de diecisiete meses, como anota con precisión, entra de nuevo en su castillo, más joven, con el espíritu más fresco y vivo que nunca. Dos años más tarde nace el último de sus hijos.

IX

Montaigne ha intentado lo más difícil del mundo: «vivirse a sí mismo», ser libre y serlo cada vez más. Y cuando llega a los cincuenta años, cree estar muy cerca de alcanzar este objetivo. Pero ocurre algo extraño: precisamente ahora que se ha alejado del mundo y se ha vuelto exclusivamente hacia sí mismo, el mundo lo busca. De joven había buscado la actividad pública y las dignidades: se las negaron. En vano había ofrecido sus servicios a los reyes y había hecho gestiones en la corte; ahora lo llaman a funciones nuevas, a funciones más altas. Precisamente ahora que él sólo busca conocer al hombre que hay en él, los otros reconocen su valor.

Cuando el 7 de septiembre recibe la carta comunicándole que ha sido elegido alcalde de Burdeos *d'un public consentement* [por acuerdo general], en contra de su voluntad y rogándole que acepte esta *charge* [responsabilidad] —una auténtica carga para Montaigne— *pour l'amour de cette mienne patrie* [por amor a mi patria],^[217] no parece todavía dispuesto a renunciar a su libertad. Se siente enfermo y tan atormentado por los cálculos biliares, que a veces piensa incluso en el suicidio: «Si uno no puede eliminar sus males, es preciso ponerles fin de forma valerosa y pronta, porque ésta es la única medicina, la única regla, la única ciencia».^[218] ¿Para qué aceptar un cargo cuando ya ha descubierto su propia misión interior, un cargo, además, que sólo le reportará agobio, y ni dinero ni honores especiales? Sin embargo, cuando Montaigne entra en su castillo encuentra una carta del rey, fechada el 25 de noviembre, que con claridad meridiana convierte el simple deseo de los ciudadanos en una orden. El rey empieza diciendo cortésmente cómo le satisface ratificar una elección hecha en ausencia de Montaigne, sin que él lo supiera y, por lo tanto, completamente espontánea. Y le encomienda aceptar el servicio *sans délai ni excuse* [sin demora ni excusa]. Y la última frase corta de raíz cualquier retirada: «Y haréis algo que me resultará muy agradable, y lo contrario me disgustaría mucho».^[219] Semejante orden real no admite réplica alguna. Con el mismo desagrado con que había heredado de su padre los cálculos biliares, asume ahora esta otra herencia: la alcaldía.

Honrado a carta cabal, no puede menos que advertir a sus electores, como primera acción de gobierno, que no esperen de él una dedicación total como la de su padre, cuya alma él veía «cruelmente turbada por los enredos públicos»^[220] y que había sacrificado a este deber sus mejores años, su salud y su hogar. Sabía ciertamente que no tenía odio ni ambición y que no era un déspota, pero conocía también sus defectos: falta de memoria, de *vigilance*, de atención, de experiencia y de energía.^[221] Como siempre, Montaigne está decidido a conservar para él lo que tiene de supremo, de mejor, de máspreciado, *son essence*, y a hacer con el máximo cuidado y la mayor

fidelidad todo lo que se exige de él y se le impone, pero no más. Para manifestar claramente que no renuncia a su intimidad, no se establece en Burdeos, sino que permanece en su castillo, en Montaigne. Pero parece que, como en sus escritos, allí donde Montaigne no invierte sino una parte de sus esfuerzos, de su trabajo y de su tiempo, cumple mucho más, sin embargo, que cualquier otro gracias a su rápida visión de las cosas y a su profundo conocimiento del mundo. Que los ciudadanos no estaban descontentos con él lo demuestra el hecho de que en julio de 1583, al final de su mandato, fuera reelegido por dos años más.

Pero no basta este solo cargo, este solo deber: apenas la ciudad lo ha reclamado, lo reclaman también la corte, el Estado, la gran política. Durante años los poderosos habían considerado a Montaigne con cierto recelo, el que sienten siempre los hombres de partido y los políticos profesionales hacia el hombre libre e independiente. Le reprocharon pasividad en una época en la que, como él dice, «el mundo entero actuaba en exceso».^[222] No se había adherido a ningún rey, a ningún partido, a ningún grupo, y no había elegido a sus amigos en función de las siglas de su partido ni de su religión, sino en función de sus méritos; y declara explícitamente: [...].^[223] Un hombre así era inservible en una época de alternativas, una época en la que en Francia se temía tanto la victoria de los hugonotes como su exterminio. Pero ahora, después de la terrible devastación de la guerra civil, después que el fanatismo ha llegado al absurdo, lo que hasta entonces en la política era un defecto, esto es, la imparcialidad, se convierte de repente en un mérito, y un hombre que ha permanecido siempre libre de prejuicios y de opiniones prefabricadas, al que no se le puede sobornar con honores y beneficios, neutral entre los partidos, se convierte en el mediador ideal. La situación en Francia ha cambiado notablemente. Tras la muerte del duque de Anjou, y según la ley sálica, el heredero legítimo al trono de Enrique III es Enrique de Navarra (el futuro Enrique IV), esposo de la hija de Catalina la Grande. Pero Enrique de Navarra es hugonote y jefe del partido hugonote. Como tal, tiene en contra a la corte, que trata de oprimir a los hugonotes, y el castillo real, desde cuyas ventanas una década antes se dio la orden de la masacre de la noche de San Bartolomé, y el partido contrario, el de los Guisa, tratan de impedir la sucesión legítima al trono. Pero como Enrique de Navarra no tiene intención de renunciar a sus derechos, parece inevitable una nueva guerra civil si no se consigue un acuerdo entre él y el rey Enrique III. Para esta gran misión, de trascendencia histórica, que debe asegurar la paz en Francia, el mediador ideal es un hombre como Montaigne, no sólo por su carácter tolerante, sino también porque goza de la confianza personal tanto del rey Enrique III como del pretendiente al trono, Enrique de Navarra. Una especie de amistad lo une a este joven príncipe, y Montaigne la preserva incluso en el momento

en que Enrique de Navarra es excomulgado por la Iglesia y Montaigne, como escribe más tarde, tiene que confesar a su párroco, como un pecado, haber tenido trato con él. [224]

En 1584 Enrique de Navarra visita a Montaigne en su castillo con una comitiva de cuarenta gentilhombres y todo su servicio doméstico, y duerme en la propia cama de su anfitrión. [225] Le confía las misiones más secretas, y la lealtad y la rectitud con las que Montaigne las lleva a cabo se pondrán de manifiesto unos años más tarde, cuando estalle una nueva crisis, la más grave de todas, entre Enrique III y el futuro Enrique IV, y ambos lo llamen de nuevo para hacer de mediador.

En el año 1585 el segundo mandato de Montaigne como alcalde de Burdeos debía llegar a su fin y él se despediría gloriosamente con discursos y honores. Pero el destino no quiere depararle una salida tan bella. Ha resistido con coraje y energía mientras la ciudad ha estado amenazada por la guerra civil, atizada de nuevo por hugonotes y liguistas. Organiza el armamento de la ciudad, vela día y noche con los soldados y prepara la defensa. Pero ante otro enemigo, la peste, que llega a Burdeos ese mismo año, emprende la huida presa del pánico y deja la ciudad en la estacada. Para su naturaleza egocéntrica la salud ha sido siempre lo más importante. Quizá no es un héroe, pero tampoco ha pretendido serlo nunca, ni es uno de aquellos grandes obispos como Capistrano y [...]. [226]

No podemos hacernos una idea de lo que significaba la peste en aquella época. Sólo sabemos que en todas partes era la señal de huida, para Erasmo y para tantos otros. En la ciudad de Burdeos mueren, en menos de seis meses, diecisiete mil personas, la mitad de la población. Quien puede disponer de un coche o un caballo, emprende la huida; sólo se queda *le menu peuple* [la gente humilde]. La peste se presenta también en casa de Montaigne. Y así, él decide abandonarla. Toda la familia se pone en camino, la anciana madre Antoinette de Louppes, su esposa y su hija. Ahora tendría la ocasión de mostrar su fuerza de carácter, pues «mil diversas suertes de males acudieron a mí en fila». [227] Su fortuna sufre graves pérdidas; tiene que dejar la casa vacía y sin defensa a riesgo de que cualquiera pueda coger lo que quiera, cosa que en efecto sucede. Sin abrigo, vestido con lo puesto, huye de su casa sin saber adónde ir, pues nadie acoge a una familia que huye de una ciudad apestada, «causando temor a sus amigos y a sí misma, y horror allí donde pretendía alojarse, teniendo que cambiar de residencia súbitamente en cuanto uno del grupo empezaba a dolerse de la punta del dedo». [228] Es un viaje horrible; por el camino ven los campos sin cultivar, los pueblos abandonados, los cadáveres sin enterrar de los enfermos. Durante seis meses debe servir «miserablemente de guía a esta caravana» [229] y, mientras, los *jurats*, a quienes ha confiado la administración de la ciudad, le mandan

una carta tras otra. Al parecer irritados por la huida de Montaigne, exigen su regreso y finalmente le comunican que su mandato ha terminado. Pero Montaigne no regresa para formalizar el cese en la fecha prevista.

Con esta huida pánica de la peste Montaigne ha perdido un poco de gloria, de honor y de dignidad. Pero ha salvado la *essence*. En diciembre, cuando la peste se ha extinguido, Montaigne regresa a su castillo tras seis meses de errar por el mundo y asume de nuevo sus obligaciones: buscarse y conocerse a sí mismo. Comienza un nuevo libro de ensayos, el tercero. Ha recuperado la paz, está libre de enredos, salvo el de los cálculos biliares. No tiene más que permanecer tranquilo y esperar la muerte, que ya «lo ha tocado con la mano» en más de una ocasión.^[230] Parece que podrá disfrutar de sosiego después de haber vivido tantas cosas: la guerra y la paz, el mundo, la corte y la soledad, la pobreza y la riqueza, la actividad y el ocio, la salud y la enfermedad, el viaje y el hogar, la gloria y el anonimato, el amor y el matrimonio, la amistad y la soledad.

Pero le falta todavía una cosa: aún no lo ha experimentado todo. El mundo lo vuelve a llamar. La situación entre Enrique de Navarra y Enrique III se ha agravado peligrosamente. El rey ha mandado un ejército, a las órdenes de Joyeuse, contra el sucesor al trono, y Enrique de Navarra lo aniquila en Coutras el 23 de octubre de 1587. Enrique de Navarra puede ahora marchar sobre París como vencedor y obtener por la fuerza el derecho al trono e incluso el trono mismo. Pero su sensatez le aconseja no comprometer su éxito. Lo intentará de nuevo negociando. Tres días después de la batalla una tropa de caballeros se dirige al castillo de Montaigne. El jefe solicita permiso para entrar, que se le concede inmediatamente. Es Enrique de Navarra en persona quien, tras su victoria, pide consejo a Montaigne sobre la mejor forma de aprovechar esta victoria diplomática y pacífica a la vez. Es una misión secreta. Montaigne debe ir a París como mediador y presentar al rey sus propuestas. Al parecer se trataba nada menos que del punto decisivo que garantizaría la paz de Francia y su grandeza durante siglos: la conversión de Enrique de Navarra al catolicismo.

Montaigne se pone en camino de inmediato, en pleno invierno. En su equipaje lleva un ejemplar de la última reedición de los *Essais* y el manuscrito del tercer libro. Pero no es un viaje tranquilo. Por el camino una banda lo ataca y lo saquea. Por segunda vez sufre la guerra civil en su propia carne y, apenas llegado a París, de donde el rey se ha ausentado, es detenido y llevado a la Bastilla. Pasará un solo día allí, porque Catalina de Médicis lo manda liberar en el acto. Pero una vez más el hombre que busca la libertad por doquier tiene que experimentar, también de esta forma, lo que significa verse privado de ella. Se dirige entonces a Chartres, Rouen y

Blois para llevar a cabo su entrevista con el rey. Así termina su misión, y regresa a su castillo.

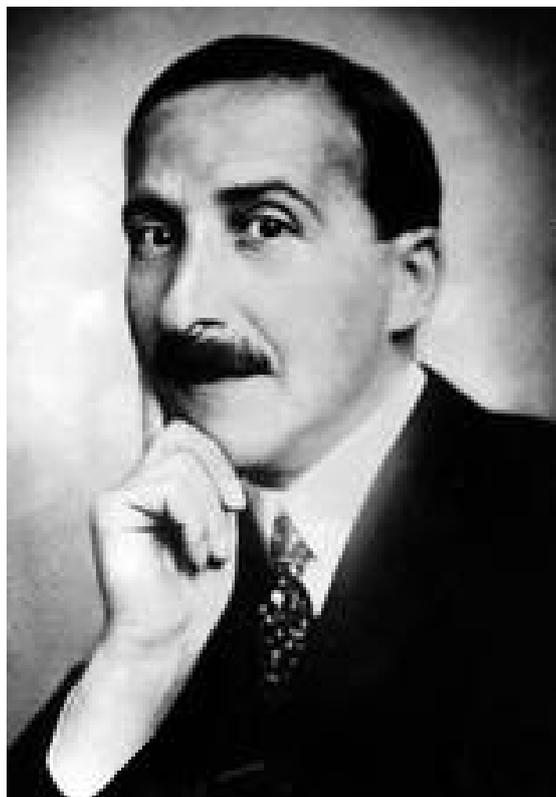
El hombrecillo se instala ahora en la habitación de la torre del viejo castillo. Ha envejecido, ha perdido pelo y aparece la calvicie; se ha afeitado la magnífica barba de color castaño desde que ha empezado a encanecer. Lo rodea el vacío; su anciana madre, casi nonagenaria, recorre todavía las estancias como una sombra. Los hermanos se han ido, la hija se ha casado y se ha mudado a casa de su marido. Montaigne tiene una casa y no sabe a quién irá a parar tras su muerte. Tiene su escudo de armas y sabe que será el último en llevarlo.^[231] Todo parece ya pasado. Pero precisamente en esta última hora todo vuelve; ahora que ya es demasiado tarde, las cosas que él despreciaba se ponen a su alcance. En 1590 Enrique de Navarra, de quien había sido amigo y consejero, se convierte en Enrique IV, rey de Francia. Montaigne no tiene más que correr a la corte, donde todo el mundo revolotea, y tendría asegurada la más alta posición cerca de aquel al que había aconsejado tan bien. Podría llegar a ser lo que Michel de L'Hôpital había sido bajo el reinado de Catalina de Médicis, el sabio consejero que recomienda clemencia, el Gran Canciller. Pero Montaigne ya no quiere nada. Se contenta con saludar al rey mediante una carta y disculparse por no ir a la corte. Le recomienda indulgencia y escribe estas bellas palabras: «Un gran conquistador del pasado se jacta de haber dado tantos motivos para amarlos a sus enemigos subyugados como a sus amigos».^[232] Pero si a los reyes no les gustan aquellos que buscan su favor, les gustan menos todavía aquellos que no lo buscan. Unos meses más tarde el rey escribe una carta a su antiguo consejero en un tono al parecer muy tajante para tratar de captarlo para su servicio, y parece que también le hace proposiciones financieras. Pero Montaigne, que ya está poco dispuesto a ocupar cargos, aún lo está menos a caer en la sospecha de que se deja comprar. Responde con orgullo al rey: «Nunca he recibido ningún bien de la liberalidad de los reyes, como tampoco lo he pedido ni merecido... Soy, Señor, tan rico como deseo ser».^[233] Sabe que ha conseguido lo que Platón considera como lo más difícil del mundo: abandonar la vida pública con las manos limpias, y con orgullo hace balance de su vida: «Ni siquiera quien me viese hasta el interior del alma me encontraría culpable ni de la aflicción y ruina de nadie, ni de venganza o envidia, ni de ofensa pública, ni de innovación y tumulto, ni de infidelidad a mi palabra, y pese a cuanto la licencia de la época permite y enseña a todos, no he metido la mano ni en los bienes ni en la bolsa de francés alguno, y no he vivido sino de la mía, en la guerra como en la paz, y no me he servido del trabajo de nadie sin salario... Yo tengo mis leyes y mi tribunal para juzgarme».^[234]

Poco antes de su muerte lo llaman los más altos dignatarios, algo que él desde

hace mucho tiempo ni desea ni espera. Justo antes de su muerte, cuando se siente viejo, cuando ya no es sino una parte, una sombra de sí mismo, le es dado lo que había dejado de esperar desde hacía mucho tiempo: un destello de ternura y de amor. Dice apesadumbrado que tal vez sólo el amor podría despertarlo,^[235] y lo increíble ocurre. Una joven de apenas la misma edad que la menor de sus hijas, que acaba de contraer matrimonio, Marie de Gournay, descendiente de una de las más grandes familias de Francia, se inflama de pasión por los libros de Montaigne. Los ama, los idolatra, busca su ideal en este hombre. Como siempre en estos casos, es difícil determinar hasta qué punto un amor así está dirigido no sólo al autor, al escritor, sino también al hombre. Pero Montaigne va a verla a menudo, se queda algunos meses en su casa, la muchacha se convierte en su *filie d'alliance*,^[236] y él le confía lo más preciado de su herencia: la edición de sus *Essais* después de su muerte.

Y ahora sólo le queda una cosa por conocer, a él, que estudia la vida y todas sus experiencias: la última de ellas, la muerte. Muere sabio, como sabio ha vivido. Su amigo Pierre de Brach comunica al sobrino de Bacon (Anthony Bacon)^[237] la muerte del «espíritu más entero y más vivo que [Francia] ha tenido nunca». Montaigne todavía alcanza a recibir la carta (recién escrita por Anthony Bacon), pero ya no puede contestarla, «porque tenía que responder a la muerte».^[238]

Recibe la extremaunción el 13 de septiembre de 1592. Con él se extingue la estirpe de los Eyquem y los Paçagon. No descansa, como su padre, entre sus *ancêtres*, sino solo, en la iglesia de los Feuillants de Burdeos, el primero y el último de los Montaigne y el único que ha legado este nombre a la posteridad.



STEFAN ZWEIG (Viena, 1881 - Petrópolis, Brasil, 1942) fue un escritor enormemente popular, tanto en su faceta de ensayista y biógrafo como en la de novelista. Su capacidad narrativa, la pericia y la delicadeza en la descripción de los sentimientos y la elegancia de su estilo lo convierten en un narrador fascinante, capaz de seducirnos desde las primeras líneas.

Es sin duda, uno de los grandes escritores del siglo xx, y su obra ha sido traducida a más de cincuenta idiomas. Los centenares de miles de ejemplares de sus obras que se han vendido en todo el mundo atestiguan que Stefan Zweig es uno de los autores más leídos del siglo xx. Zweig se ha labrado una fama de escritor completo y se ha destacado en todos los géneros. Como novelista refleja la lucha de los hombres bajo el dominio de las pasiones con un estilo liberado de todo tinte folletinesco. Sus tensas narraciones reflejan la vida en los momentos de crisis, a cuyo resplandor se revelan los caracteres; sus biografías, basadas en la más rigurosa investigación de las fuentes históricas, ocultan hábilmente su fondo erudito tras una equilibrada composición y un admirable estilo, que confieren a estos libros categoría de obra de arte. En sus biografías es el atrevido pero devoto admirador del genio, cuyo misterio ha desvelado para comprenderlo y amarlo con un afecto íntimo y profundo. En sus ensayos analiza problemas culturales, políticos y sociológicos del pasado o del presente con hondura psicológica, filosófica y literaria.

Notas

[1] Hemos identificado, quizá no todas, pero sí muchas de las citas y alusiones de Zweig a la obra de Montaigne, de manera que el lector interesado pueda reencontrarlas en su contexto original. Nos valemos de notas a pie de página para remitirlas a la edición de *Los ensayos* publicada en Barcelona, Acantilado, 2007 (el número romano indica el libro, el primer número arábigo, el capítulo, y el segundo, la página), pero téngase en cuenta que las versiones no siempre son del todo coincidentes. Para los hechos biográficos o históricos que atañen a Montaigne, nos permitimos recomendar la cronología que se incluye como apéndice en la mencionada edición. <<

[2] La célebre frase de Hutten se encuentra en una carta de 1518 a Willibald Pirckheimer: «O saeculum! O litterae! Iuuat uiuere, etsi quiescere nondum iuuat, Bilibalde. Vigent studia, florent ingenia. Heus tu, accipe laqueum, barbaries, exilium prospice!». <<

[3] Montaigne sólo alude a la revuelta de la *gabelle* al referir el asesinato del gobernador Tristan de Moneins por la multitud, en agosto de 1548 en Burdeos (cfr. I, 23, 162). Pero según el historiador Jacques-Auguste de Thou, conocido suyo, su represión habría inspirado *La servidumbre voluntaria*, la obra juvenil de su gran amigo La Boétie. <<

[4] En efecto, se solía llamar «Cámara ardiente» al tribunal extraordinario que condenaba a los herejes. <<

[5] La llamada Noche de san Bartolomé, el 24 de agosto de 1572, fue una gran matanza de protestantes (o hugonotes) que tuvo lugar en París (luego se extendió por toda Francia) <<

[6] Montaigne cuenta dos experiencias en este sentido en III, 12, 1584-1587. <<

[7] III, 12, 1561. <<

[8] Se trata de uno de los poemas latinos de La Boétie, titulado «Ad Belotium et Montanum» [A Belot y Montaigne]. Figura en la edición de poemas y traducciones de La Boétie que Montaigne mismo hizo publicar en París en 1571. <<

[9] Cfr. I, 38, 329. <<

[10] Cfr. III, 1, 1187. <<

[11] Cfr. II, 6, 547: «No escribo mis acciones, me escribo yo, mi esencia». <<

[12] Sobre la eficacia de las tácticas aparentemente defensivas, véase el capítulo «La firmeza» (I, 12). <<

[13] III, 10, 1496 <<

[14] Cfr. Horacio, *Cartas*, I, 18, 84. <<

[15] Cfr. II, 7, 549-550; II, 12, 868-869. <<

[16] Cfr. I, 38, 327, donde Montaigne escribe: «El hombre de entendimiento nada ha perdido si se tiene a sí mismo». <<

[17] Recuérdese el capítulo titulado «Que la experiencia de los bienes y los males depende en buena parte de nuestra opinión» (I, 40). <<

[18] Cfr. I, 46, 401. <<

[19] Cfr. II, 16, 946. <<

[20] Montaigne se refiere a la *prud'hommie* de su familia en II, 11, 614 y III, 10, 1525. En el lenguaje del autor de *Los ensayos* el término no significa sino probidad u honradez, pero podía evocar aún el valor caballeresco de los *preux hommes* [hombres valerosos] medievales, y así parece entenderlo Zweig. <<

[21] II, 12, 628-629. <<

[22] III, 10, 1500-1501. Zweig remite aquí a Fortunat Strowski, *Montaigne, sa vie publique et privée*, París, 1938, p. 16 (siempre que Zweig remita a Strowski o a Lowenthal, lo indicaremos en las notas). <<

[23] Shakespeare leyó a Montaigne en la versión inglesa de John Florio (1603). La huella más clara de esta lectura en su obra se encuentra en *La tempestad*, II,1, en una descripción de la Edad de Oro que se inspira en «Los caníbales» (I, 30, 281). <<

[24] En realidad, Montaigne menciona incidentalmente a su madre en I, 25, 227 y en II, 37, 1142. <<

[25] Zweig remite a Strowski, op. cit., p. 27. El testamento de la madre de Montaigne, datado el 19 de abril de 1597, parece acusar a Michel, ya fallecido, de no haber hecho sino disfrutar del patrimonio constituido por ella y su esposo. <<

[26] En 1570 Montaigne dedica a su mujer la traducción de una obra de Plutarco (*Carta de consuelo a su esposa*) que había efectuado La Boétie. Tanto la esposa como la hija son evocadas en II, 8, 560 y en III, 5, 1277-1278. <<

[27] Cfr. I, 27, 247. <<

[28] Cfr. III, 9, 1450 <<

[29] Cfr. III, 13, 1643. <<

[30] Ibid. <<

[31] Ibid., 1643-1644. <<

[32] Ibid., 1642. Pero en realidad Montaigne no habla de tal preferencia en su caso. <<

[33] III, 13, 1643. <<

[34] Montaigne refiere este experimento educativo en la última parte del capítulo «La formación de los hijos» (1, 25, 226-228). <<

[35] I, 25, 227. <<

[36] Cfr. III, 2, 1210. <<

[37] I, 25, 228. <<

[38] Ibid., 229. <<

[39] Ibid. Pero Montaigne habla sólo de una espineta. <<

[40] II, 11, 613. <<

[41] Cfr., por ejemplo, I, 25, 229; II, 17, 971-972. <<

[42] Cfr. II, 17, 970. Ésta es la primera cita de Montaigne en inglés que aparece en el texto; como todas las restantes está basada en un libro de Marvin Lowenthal (*The Autobiography of Michel de Montaigne*, Boston-Nueva York, 1935) que reconstruye la vida del gentilhomme perigordino a partir de una paráfrasis de sus propios escritos. Desde ahora señalamos las citas que tienen este origen. <<

[43] Cfr. I, 25, 229-230. <<

[44] Cfr. Ibid., 230-231. Pero Montaigne no alude a tales azotes. <<

[45] I, 25, 228. <<

[46] Ibid., 189. <<

[47] I, 24, 170. <<

[48] Ibid., 172. <<

[49] Cfr. I, 25, 193. <<

[50] I, 24, 166. Sin embargo, Montaigne rechaza esta explicación de la torpeza de los pedantes argumentando que en la Antigüedad no pocos personajes conciliaron perfectamente el saber teórico con la capacidad práctica y la sabiduría vital. <<

[51] I, 25, 193. <<

[52] Cfr. Ibid., 199. <<

[53] Cfr. Ibid., 190 y 192. <<

[54] Ibid., 230. <<

[55] I, 2 5, 229. Zweig remite a Strowski, op. cit., p. 3 5. <<

[56] Ibid. <<

[57] Ibid. <<

[58] Cfr. I, 25, 230. <<

[59] Ibid., 232. <<

[60] I, 57, 474. <<

[61] Cfr. II, 17, 966. <<

[62] Cfr. Ibid., 968. <<

[63] Cfr. II, 17, 968. Zweig remite a Lowenthal, op. cit. <<

[64] II, 2, 496. <<

[65] II, 17, 969. <<

[66] Cfr. III, 13, 1623-1624 (y III, 3, 1231). <<

[67] Cfr. el inicio del capítulo «La fuerza de la imaginación» (I, 20, 108-109), pero Montaigne más bien se queja de los problemas que le produce su vivísima imaginación. <<

[68] II, 4, 525. <<

[69] III, 6, 1347 (Lowenthal). <<

[70] Véase el capítulo «El arte de discutir» (III, 8), especialmente p. 1377-1378. <<

[71] Cfr. III, 11, 1533. <<

[72] I, 20, 109. <<

[73] Cfr. III, 9, 1446, donde Montaigne escribe: «Es el lugar de mi nacimiento, y de la mayoría de mis antepasados». <<

[74] II, 17, 985. Strowski, op. cit., pp. 110 y 111. <<

[75] III, 9, 1421. Lowenthal, op. cit., p. 125. <<

[76] II, 17, 972; cfr. III, 9, 1416. Lowenthal, op. cit. <<

[77] Cfr. III, 9, 1420. <<

[78] II, 17, 972; cfr. III, 9, 1420-1421. <<

[79] Cfr. III, 9, 1422; Lowenthal, op. cit. La reflexión literal de Montaigne reza así: «Peor fue el comportamiento de Crates, que se refugió en la pobreza para librarse de las indignidades e inquietudes de la administración doméstica. Yo no lo haría —odio la pobreza tanto como el dolor—, pero sí cambiaría esta clase de vida por otra menos brillante y menos laboriosa». <<

[80] Cámara parlamentaria encargada de resolver por escrito procesos en primera instancia. <<

[81] Este pasaje y todos los siguientes insertados del mismo modo constan en el original igualmente comprimidos y, además, puestos entre corchetes. Al parecer, habían de ser desarrollados más tarde. [Nota del editor alemán]. <<

[82] III, 3, 1236. <<

[83] Cfr. Ibid., 1236-1237: «Mi espíritu no avanza tanto solo como si las piernas lo mueven». <<

[84] Véase «Sentencias e inscripciones pintadas en el gabinete y en la biblioteca de Montaigne» en Montaigne, *Los ensayos*, Barcelona, Acantilado, pp. 1671-1681. <<

[85] En realidad, el lema *Que sais-je?* no es una de las máximas del techo de la biblioteca. Montaigne cuenta en una página de la «Apología de Ramón Sibiuda» (II, 12, 782) que lo hizo grabar en una medalla. <<

[86] Cfr. III, 3, 1236 y «Sentencias...», p. 1673. <<

[87] En realidad, esta inscripción corresponde a una de las paredes del gabinete de Montaigne, al lado de la biblioteca. Véase el original latino y *una traducción ligeramente* distinta en Montaigne, *Los ensayos*, pp. 1671-1672; sobre la inscripción de la biblioteca, véase pp. 1672-1673. <<

[88] Montaigne escribe: «He perdido, en plena lactancia, a dos o tres [hijos], si no sin lamentarlo, al menos sin enojo» (I, 40, 354; cfr. II, 8, 560). <<

[89] Montaigne escribe estas palabras en una carta a Michel de L'Hospital, canciller de Francia, fechada el 3 o de abril de 1570, en que le dedica los poemas latinos de La Boétie. Pero lo hace lamentando el desaprovechamiento de las cualidades políticas de su amigo. <<

[90] III, 3, 1237. <<

[91] Al parecer el grave incendio se produjo en 1885. <<

[92] II, 31, 1078-1079. Strowski, op. cit., p. 125. <<

[93] Cfr. III, 3, 1236 donde Montaigne se refiere a la posibilidad de construir «una galería de cien pasos de longitud y doce de anchura» a partir de su gabinete. <<

[94] III, 13, 1617 (Lowenthal). <<

[95] III, 3, 1236. <<

[96] III, 3, 1236. Lowenthal, op. cit., p. 131. <<

[97] Cfr. Ibid., 1237 (Lowenthal). <<

[98] Cfr. Ibid., 1238. <<

[99] II, 10,588 (Lowenthal). <<

[100] Cfr. II, 10, 588 (Lowenthal). <<

[101] Cfr. Ibid., 596 (Lowenthal). <<

[102] Cfr. II, 17, 959; III, 5, 1307. <<

[103] Cfr. I, 54, 453. <<

[104] Cfr. II, 10, 598. (Lowenthal). <<

[105] Ibid., 599 (Lowenthal). <<

[106] II, 10, 599-600 (Lowenthal). <<

[107] Ibid., 598 (Lowenthal). <<

[108] Ibid., 600 (Lowenthal). <<

[109] Cfr. III, 3, 1223 (Lowenthal). Pero Montaigne escribe: «La lectura me sirve ante todo para despertar mi razonamiento con objetos distintos, para ocupar mi juicio, no mi memoria». <<

[110] II, 10, 602. <<

[111] Cfr. I, 8, 44-45 y para la última sentencia II, 1, 487. Lowenthal, op. cit., p. 148.

<<

[112] Cfr. I, 50, 437 (Lowenthal). <<

[113] II, 10, 506 (Lowenthal). <<

[114] III, 12, 1577 (Lowenthal). <<

[115] II, 10, 585 (Lowenthal). <<

[116] I, 39, 341 (Lowenthal). <<

[117] II, 17, 960-961 (Lowenthal). <<

[118] III, 9, 1410 (Lowenthal). <<

[119] II, 37, 1173 (Lowenthal). <<

[120] Cfr., por ejemplo, I, 9, 46-47; II, 17, 980-981. <<

[121] ² Cfr. II, 28, 1055; en Montaigne la frase tiene, sin embargo, un sentido crítico.

<<

[122] Cfr. III, 2, 1201-1202. <<

[123] Montaigne utiliza la imagen del «placer de la caza» en II, 12, 750-751. <<

[124] Cfr. I, 26, 236-237. <<

[125] Cfr. II, 6, 544. <<

[¹²⁶] Este párrafo, tachado en el original, es importante para el contexto. [Nota del editor alemán]. <<

[127] III, 9, 1436. <<

[128] II, 6, 546. <<

[129] En este punto la versión de esta obra que edita Richard Friedenthal en *El legado de Europa* (y que Acantilado publicó, en castellano, en 2004) añade un pasaje que figura manuscrito en el original: «Escribe, pero no es un escritor. Para él escribir es sólo un sucedáneo. La búsqueda de palabras nuevas le parece una “ambición pueril”. Sus frases han de parecerse a la lengua hablada, deben ser tan sencillas y simples en el papel como salen de la boca, jugosas, robustas, breves, y no delicadas ni finas. No deben ser ni pedantes ni “frailescas”, sino más bien “soldadescas”» (cfr. II, 37, 1173; III, 5, 1304-1305; I, 25, 224). <<

[130] Cfr. II, 37, 1134: «No corrijo mis primeras fantasías con las segundas», y III, 9, 1436: «Añado, pero no corrijo». <<

[131] Recuérdese lo que Montaigne escribe en II, 6, 547: «No escribo mis acciones, me escribo yo, mi esencia». La versión de Richard Friedenthal añade de nuevo un pasaje: «Se descubre a sí mismo como tarea, porque «el alma que no tiene un objetivo establecido se pierde». Se ha fijado como tarea ser sincero consigo mismo, tal como anota de la sabiduría de Píndaro: «Ser veraz es el inicio de una gran virtud»» (cfr. I, 8, 44; II, 18, 1005). <<

[132] Cfr. III, 8, 1406-1407: «Un juicio vigoroso y elevado, y que juzgue de forma sana y segura, utiliza a manos llenas los ejemplos propios, igual que si se tratara de una cosa ajena; y da testimonio abiertamente de sí mismo como de un tercero... [Se distingue y considera] aparte: como un vecino, como un árbol». <<

[133] III, 13, 1602. <<

[134] III, 2, 1213. <<

[135] En el primer capítulo de *Los ensayos* Montaigne escribe: «Qué duda cabe de que el hombre es un objeto extraordinariamente vano, diverso y fluctuante» (I, 1, 12). <<

[136] Cfr. III, 8, 1385. <<

[137] II, 17, 994. <<

[138] Cfr. II, 10, 598. <<

[139] Cfr. I, 57, 474. <<

[¹⁴⁰] Véase el final del capítulo «Los caníbales» (I, 30, 292-293); cfr. I, 30, 281 y II, 12, 718. <<

[141] Zweig se refiere sin duda al *Entretien de Pascal avec Monsieur de Sacy*. Pero en esta conversación Pascal atribuye a Montaigne el vicio de la pereza, no el del orgullo. Zweig se acuerda quizá de los *Pensées*, donde Pascal reprocha a Montaigne «el necio proyecto que tiene de pintarse a sí mismo» (ed. Lafuma, 780). <<

[142] Cfr. I, 38, 329. <<

[143] Pero Montaigne no escribe «*je me pars...*» como cita Zweig, sino «*je me pare...*», es decir, «*me engalano...*» (cfr. II, 6, 545). <<

[144] II, 6, 545-546. <<

[145] Cfr. III, 13, 1668. <<

[146] Ibid., 1663 <<

[147] II, 6, 544. <<

[148] Ibid. <<

[149] Cfr. el célebre pasaje del capítulo «El arrepentirse»: «Expongo una vida baja y sin lustre. Tanto da. Toda la filosofía moral puede asociarse a una vida común y privada igual que a una vida de más rica estofa. Cada hombre comporta la forma entera de la condición humana» (III, 2, 1202). <<

[150] Cfr., por ejemplo, II, 31, 1073-1074). <<

[151] I, 38, 329. <<

[152] I, 25, 204. <<

[153] Cfr. III, 13, 1665-1666. <<

[154] III, 10, 1497. <<

[155] I, 38, 329 cfr. III, 10, 1496. <<

[156] Ibid., 335. <<

[157] La versión de Richard Friedenthal de la lista, que recoge anotaciones manuscritas de Zweig, es más completa: «Liberarse de la vanidad y del orgullo, que es tal vez lo más difícil, | evitar la presunción, | liberarse del miedo y de la esperanza, de la fe y de la superstición, de las convicciones y los partidos, | liberarse de las costumbres: “El uso nos hurta el verdadero rostro de las cosas”, | liberarse de las ambiciones y de toda forma de codicia: “La reputación es la más inútil, vana y falsa moneda de que nos servimos”, | vivir libre de la familia y del entorno, libre del fanatismo: “Cada país cree poseer la religión más perfecta” y ser el primero en todo; libre frente al destino; somos sus amos; nosotros otorgamos color y aspecto a las cosas. | Y la última libertad: frente a la muerte: “La vida depende de la voluntad ajena; la muerte de la nuestra. La muerte más voluntaria es la más hermosa”» (las citas corresponden a I, 22, 140; I, 38, 328; I, 30, 279; II, 3, 505). <<

[158] Es Montaigne mismo quien utiliza esta expresión, pero para referirse a su despedida del mundo (I, 19, 95). Pascal dice en el *Entretien avec M. de Sacy* que Montaigne lo pone todo en duda. <<

[159] III, 1, 1180. <<

[160] Cfr. III, 13, 1664-1665. <<

[161] Cfr., por ejemplo, II, 12, 711; II, 17, 997; III, 12, 1552. La versión de Richard Friedenthal añade: «Montaigne aprecia “un alma con diversos planos, que sepa ponerse en tensión y desmontar, que esté bien allí donde la lleve su fortuna, que pueda charlar con el vecino sobre su construcción, su caza y su pleito, conversar gustosamente con el carpintero y el jardinero”» (III, 3, 1225). <<

[162] Cfr. I, 30, 285. <<

[163] Cfr. III, 8, 1378-1379. <<

[164] Es una alusión a Miguel Servet. Zweig escribió, como se sabe, un *Castellio contra Calvino*. <<

[165] Según la versión de Richard Friedenthal, Zweig añade en este punto: «Y mientras los demás, los profesores de la Sorbona, los concilios, los nuncios, los Zwinglio, los Calvino, proclaman: “Sabemos la verdad”, el dictamen de Montaigne es: “¿Qué sé yo?”; mientras aquellos pretenden imponer mediante la rueda y el exilio: “Debéis vivir así”, su consejo es: “¡Pensad vuestros propios pensamientos, no los míos!, ¡Vivid vuestra vida! ¡No me sigáis ciegamente, permaneced libres!”» (cfr., por ejemplo, I, 27, 258; III, 2, 1201). <<

[166] Zweig parafrasea un fragmento del célebre monólogo de Hamlet (III, 1). <<

[167] El duque de Guisa y Coligny fueron dirigentes, respectivamente, del partido ultracatólico y del protestante. La batalla de Platea enfrentó a griegos y persas en el año 479 antes de Cristo. <<

[168] III, 9, 1483 (Lowenthal). <<

[169] Cfr. I, 38, 324. <<

[170] Cfr. III, 9, 1423 (Lowenthal). <<

[171] Ibid., 1417 (Lowenthal). <<

[172] Ibid. (Lowenthal). <<

[173] Cfr. I, 40, 369. <<

[174] III, 9, 1413. <<

[175] III, 9, 1422. <<

[176] Cfr. Ibid., 1417. <<

[177] Cfr. en Ibid., 1413-1414 la alusión, en verdad velada, al «calzado nuevo y bien formado de aquel antiguo, que te hace daño en el pie». <<

[178] III, 5, 1274. <<

[179] La repetición está en el original. <<

[180] Cfr. III, 5, 1267-1268 y 1270-1274. <<

[181] II, 35, 1114. <<

[182] II, 35, 1114 (Lowenthal). <<

[183] Ibid. (Lowenthal). <<

[184] III, 9, 1455 (Lowenthal). <<

[185] III, 5, 1270 (Lowenthal). <<

[186] III, 9, 1452 (Lowenthal). <<

[187] Cfr. III, 9, 1457. <<

[188] Cfr. Ibid., 1449 (Lowenthal): <<

[189] III, 9, 1412 (Lowenthal). <<

[190] Ibid., 1473. <<

[191] Ibid., 1451 (Lowenthal). <<

[192] En cierto sentido, pero cfr. Ibid., 1469. <<

[193] III, 5, 1258. <<

[194] III, 9, 1474 (Lowenthal). <<

[195] *Diario de viaje*, en Rovereto, 29 de octubre de 1580 (Lowenthal). <<

[196] *Diario de viaje*, en Rovereto, 29 de octubre de 1580. <<

[197] Cfr. III, 9, 1469. <<

[198] Cfr. III, 9, 1469. <<

[199] Cfr. Ibid. <<

[200] Cfr. Ibid., 1470. <<

[201] Cfr. Ibid., 1464. <<

[202] III, 9, 1468. <<

[203] Según Richard Friedenthal, Zweig añade en este punto: «Si debía tener miedo de esto, apenas podría arriesgarse a salir de su parroquia, por no hablar de las fronteras de Francia. La muerte está por doquier y, en el fondo, habría preferido encontrarla a caballo que en la cama» (cfr. Ibid., 1457-1458). <<

[204] Cfr. Ibid., 1470. <<

[205] Cfr. Ibid., 1415. <<

[206] Véase un vivo elogio de París en Ibid., 1449: «No soy francés sino por esta gran ciudad... ». <<

[207] *Diario de viaje*, 1 de noviembre de 1581. <<

[208] Ibid., en Roma, febrero de 1581. <<

[209] Cfr., por ejemplo, *Diario de viaje*, en Plombières, septiembre de 1580. <<

[210] Cfr. I, 16, 71. <<

[211] Véase *Diario de viaje*, en Bagni della Villa, mayo y junio de 1581. <<

[212] Según el *Diario de viaje* (en Roma, 20 de marzo y 15 de abril de 1581), Montaigne se entrevista con los responsables de la censura romana, que le sugieren la posibilidad de efectuar una serie de cambios en *Los ensayos*. Véase también I, 56, 457 y 467. <<

[213] Véase el final del capítulo «La vanidad» (III, 9, 1492-1495). <<

[²¹⁴] Cfr. *Diario de viaje*, en Roma, 22 de marzo de 1581: «El provecho de haber pasado la noche con una [cortesana], por un escudo o por cuatro, es hacerles al día siguiente la corte en público» (cfr. III, 5, 1317). <<

[215] En este punto el original de Zweig añade entre paréntesis: «Aquí el pasaje sobre el amor». El autor vienés se refiere quizá a una reflexión de Montaigne que se encuentra en III, 5, 1335. <<

[²¹⁶] Cfr. III, 9, 1451 y III, 13, 1635: «En su mayor agitación, [he] resistido [la enfermedad] durante diez horas a caballo». <<

[217] *Diario de viaje*, en Bagni della Villa, 7 de septiembre de 1581. <<

[218] Cfr. Ibid., 24 de agosto de 1581 (Strowski, op. cit., p. 199); cfr. I, 40, 374; II, 12, 726-727. <<

[219] El 26 de noviembre de 1581 Montaigne registra la recepción de esta carta de Enrique III en su ejemplar de las *Ephemerides* de Beuther, que se ha conservado. <<

[220] III, 10, 1500. <<

[221] Ibid., 1499. <<

[222] Cfr. III, 10, 1524. <<

[223] La cita falta en el original. <<

[224] *Carta al rey*, 18 de enero de 1590. <<

[225] III, 9, 1471-1472. <<

[226] San Juan de Capistrano (1385-1456) murió víctima de una epidemia de tifus. En este punto falta un fragmento. <<

[227] III, 12, 1560. <<

[228] Ibid., 1562. <<

[229] Ibid., 1564. <<

[230] Cfr. III, 9, 1458: «Siento que la muerte me punza continuamente la garganta, o los riñones». <<

[231] I, 46, 404-405. <<

[232] La cita falta en el original, pero parece que Zweig piensa en estas palabras, referidas a Escipión, que se encuentran en una carta al rey (Enrique IV) datada el 18 de enero de 1590; Montaigne alude también a ellas en III, 9, 1445. <<

[233] *Carta al rey*, 2 de septiembre de 1590; cfr. III, 9, 1443. <<

[234] III, 2, 1205-1206. Strowski, op. cit., pp. 254 y 255. <<

[235] III, 5, 1335. <<

[236] Cfr. II, 17, 999. <<

[237] Anthony Bacon, que estuvo en Burdeos en 1584 y de nuevo en 1590, era en realidad hermano mayor de Francis Bacon. <<

[238] La carta de Pierre de Brach a Anthony Bacon está fechada el 10 de octubre de 1592. <<